

# Lo quiso el destino

George Raft  
Rosalind  
Russell

editions bistrone

171a

LO QUISO EL DESTINO

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

## LO QUISO EL DESTINO

Adaptación cinematográfica de la obra de RUPERT  
HUGHES, por HOWARD ELLIS SMITH  
y KATHRIN SCOLA

Dirigida por  
ROY DEL RUTH

Es una producción  
**20th Century - FOX**  
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por  
**20th Century - FOX**  
Valencia, 280 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

30 Junio 1936

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

### EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

**GEORGE RAFT**  
**ROSALIND RUSSELL**  
**Leo Carrillo**  
**Arline Judge**  
**Alan Dinehart**  
**Andrew Tombes**

## Lo quiso el destino

### Argumento de la película

Antes de que el pasaje descendiera del buque, se había dado entrada en él a los reporteros cinematográficos y periodísticos que lo habían solicitado con antelación y que venían provistos de tarjetas visadas por la Compañía de vapores y por el Gobierno de la ciudad de Nueva York.

Estaban ansiosos todos por recoger las primeras noticias, por saber las primeras impresiones, por sorprender quién sabe qué noticias lejanas de labios de Beatrice Newnes, la mujer más rica del mundo, según informaban todas las agencias. Beatrice Newnes había salido de Nueva York hacía dos años, en viaje de recreo alrededor del mundo, y regresaba ahora a su patria. ¿Era verdad cuánto se había

dicho de ella durante aquellos dos años de ausencia? ¿Era cierto todo lo que las agencias de información habían cableografiado desde todas las partes del mundo? ¿Quién sería el primero en poder publicar en Nueva York la llegada triunfal de la multimillonaria? ¿Quién sería el más inteligente para sorprender un secreto de amor o de engaño en los ojos límpidos, grandes, bellos, de la que era esperada con tanta ansia?

En el salón del vapor se hacina-  
ban en torno a Beatrice Newnes los reporteros. Las máquinas de cine la enfocaban de todas partes. Los disparos luminosos se sucedían constantemente. Se le tomaban fotografías en todas las poses y de cada una de las expresiones de su ros-

tro cuando contestaba a una pregunta. Se le hacían las preguntas más absurdas e indiscretas.

—¿Le gusta ser la mujer más rica del mundo?

—¿Es cierto que tiene sesenta millones?

—¿Está contenta de regresar a su patria?

—¿Cuántas veces se ha enamorado usted en estos dos años?

—¿Vuelve casada o viene a casarse a Nueva York?

Beatrice Newnes contestaba distraídamente, con réplicas vagas, a aquella lluvia de sandeces. Miraba a un lado y a otro. Sonreía para que en las fotografías no se le viera rostro de fatiga ni de aburrimiento. E interiormente deseaba poder encontrarse de nuevo en alta mar, sin más testigos que la luna y las estrellas en las claras noches tropicales, en los mares en calma, surcados por los barcos exóticos, destinados a cortas travesías a lo largo de la costa de China y de la India, o en los correos que unían las mil y una islas de Oceanía, donde nadie sabía que ella se llamaba Beatrice Newnes, ni que era la mujer más rica del mundo.

Los reporteros, cumpliendo con

excesivo celo su trabajo de informadores, seguían asediándola con sus preguntas:

—¿Piensa usted casarse con el conde húngaro Terenyi?

—No lo conozco.

—¿Y con el hermano de Sha de Persia?

—Ha cumplido los setenta años...

—¿Por qué plantó usted a Rodman Drake?

—Me niego a contestar a más preguntas—replicó Beatrice, enervada ya por todo aquello que le crispaba los nervios.

Dió media vuelta y salió del salón con su paso armonioso y ágil, que parecía no pisar el suelo. Recorrió varios pasillos, dió vueltas y vueltas para despistar y luego tuvo una feliz ocurrencia: viendo abierto un ascensor que descendía a las bodegas, se metió en él resueltamente.

—La señora perdone... — murmuró el mozo que estaba colocando el equipaje en el interior del ascensor—. Este ascensor es sólo para las maletas.

—Considéreme usted como un baúl — replicó Beatrice, dando al

admirado mozo un billete de mil dólares.

—Con mucho gusto... ¿Dónde va la señora? ¿Quiere que se la trasborde a tierra en la red de los equipajes? — preguntó, suavizado rápidamente por aquel espléndido donativo.

—No... solamente quiero que me deje en tercera clase—contestó la muchacha.

El hombre obedeció, mirando a aquella mujer que era espléndida en el más amplio sentido de la palabra: espléndida por lo generosa y espléndida por la belleza incomparable de su rostro y de su cuerpo.

En tercera clase la multitud se hacinaba en torno al bureau de control de inmigrantes. Las leyes de Estados Unidos son muy severas para la inmigración, y los viajeros de tercera tienen que someterse a una serie de requisitos que entorpece grandemente la salida de los vapores a la multitud que llega ávida de pisar tierra firme. Formaban cola inacabable para presentar sus pasaportes, su documentación y dar todos los detalles que se les preguntaba. Beatrice aspiró aquel aire enrarecido por cen-

tenares de personas que no acostumbraban bañarse todos los días por aquel aire en el que el vaho de muchos cuerpos sudorosos y sucios había puesto miasmas sofocantes, y sonrió. Para su olfato acostumbrado a los más raros y costosos perfumes, para su vida refinada, desconocedora en absoluto de la miseria y de los bajos fondos sociales, aquello tenía el atractivo de lo desconocido y el encanto de lo exótico. Aquel mismo *aroma* la había encantado en las kábilas marroquíes. Tenía un fuerte sabor.

Pero no le agradaba a Beatrice tener que sufrir mucho rato aquella mescolanza de razas y de olores. Se acercó al bureau de control, mostró su pasaporte y un billete de mil dólares, que era mucho más convincente para romper una ley que todas las argumentaciones y todos los documentos del mundo.

El jefe del servicio se puso en pie rápidamente y saludó con una profunda reverencia y una sonrisa servil y murmuró:

—¡Oh, señorita Newnes!... Puede usted descender inmediatamente... ¡Abra paso! ¡Abra paso!...

Beatrice, contoneándose al sentir posadas sobre ella las miradas

de todos los que estaban allí reunidos, se encaminó hacia la escalera de salida, pero al pasar sobre una verja que cubría una claraboya, se le metió el tacón entre los dos hierros y se le arrancó de cuajo. Al notar la falta del tacón, que la hacía caminar vacilando de un lado para otro como barquichuelo en día de tormenta, se volvió azorada para recogerlo, pero ya lo estaba recogiendo un muchacho que se lo ofrecía galantemente. El desequilibrio en que se encontraba Beatrice por la falta del tacón la hizo dar un paso en falso y cayó, arrastrando en la caída a aquel muchacho que había querido ser galante. Beatrice se puso en pie, miró altiva a aquel hombre que había rodado al suelo con ella, y se alejó cojeando.

—Su tacón... su tacón...—le gritó el muchacho queriendo ir tras ella.

Beatrice se volvió y le hizo un gesto de desprecio. ¡Para qué quería ella el tacón!...

El muchacho se encogió de hombros y se metió el pequeño taco de madera en el bolsillo, acercándose de nuevo al bureau de control donde pronto le llegaría el turno. La

desconocida había despertado admiración en el alma del viajero de tercera clase. Nunca había visto una mujer tan bonita como aquella. Le parecía de buen agüero, al llegar a un país extranjero y desconocido, encontrarse con aquella mujer que parecía ser el compendio de toda belleza.

El jefe del bureau preguntó al viajero de tercera, sacándole de los sueños en que le había sumido el insospechado encuentro con aquella dama tan elegante y tan hermosa:

—¿Cómo se llama usted?

—Enrico Scaffa.

—Y yo soy su compañero Giuseppe Basigalupi—añadió un muchacho, algunos años mayor que Enrico y que era su compañero de aventura.

—Usted se calla, que ya le llegará el turno. Veamos, Scaffa, ¿qué le ha traído a Nueva York?

—Este vapor —replicó Enrico, que era tímido y que no comprendía muy bien el inglés, aunque en Italia, su país, pasaba por dominar a la perfección aquel idioma.

—Es usted un idiota.

—Nosotros no somos idiotas... somos italianos —dijo Giuseppe

Basigalupi, queriendo defender a su amigo.

—Bueno, está bien, sus pasaportes vienen en regla. Pueden desembarcar.

Giuseppi y Enrico bajaron a tierra. Su equipaje era tan sucinto que podían llevarlo perfectamente en la mano sin fatiga ninguna. Traían una carta de recomendación para un tal señor Pelkey, que tenía una gran empresa de trabajos de urbanización y que tenía la concesión del ayuntamiento para el arreglo de alcantarillas, asfaltado de calles y avenidas y delimitación de los nuevos barrios que se iban construyendo para agrandar la ciudad que contaba cada día con nuevo y creciente contingente de población. Venían de Italia con el espíritu lleno de esperanzas y de ilusiones. Creían que la vida en América sería muy fácil y que tendrían suerte.

Pero ni Enrico ni Giuseppe sabían las dificultades con que habían de tropezarse en la inmensa población norteamericana.

En la antesala — ¿podía darse este nombre a aquella pieza vasta y destartada en torno a la cual había grandes bancos de madera

llenos de gentes que esperaban ser recibidos?— en la antesala, digámoslo así, del señor Pelkey, esperaron pacientemente a que les llegara el turno de ser recibidos por el magnate del trabajo... El conserje iba gritando nombres, pero nunca decía el de ellos. Parecía haberles olvidado por completo. Pasaron antes que ellos todos los visitantes. Cuando ya parecía haberles llegado el turno la oficina se había cerrado.

—¡Pero si hemos sido los primeros en llegar!—exclamó Enrico, mirando con asombro al conserje.

—Pues son los últimos en marcharse... Mañana habrá otra vez oficina...

Cabizbajos, marcharon de allí. Comprendían que se habían burlado de ellos, porque no habían gritado como los otros, diciendo que ellos eran los primeros. Se habían quedado un poco aturdidos al ver la audacia con que el último llegado pasaba delante de los demás porque había gritado más que ninguno.

Esperaron pacientemente a que llegara otro día y otro y otro. Por fin, terminado el escasísimo dinero que habían traído de Italia, de-

cidieron gritar en la antesala como oían gritar a los otros. Aquel día fueron recibidos por el señor Pelkey, que les dió una carta de recomendación para el jefe del personal, o sea para el que se encargaba de distribuir el trabajo de los obreros en los distintos sectores de la ciudad donde se estaban realizando obras. Se creyeron salvados.

A la mañana siguiente fueron en busca del trabajo que la carta de Pelkey les garantizaba. Una larga cola estaba formada ante una pequeña ventanilla donde se daba la carta de trabajo, el número y la dirección del lugar donde se tenía que ir a prestar los servicios. Enrico y Giuseppe hacían cola con sus modales finos y delicados de italianos bien educados. Los obreros neoyorkinos miraban a aquellos dos muchachos de estatura pequeña, morenos, de pelo negro y ojos brillantes y oscuros, y comprendían en el acto que les sería fácil vencerles. Les hablaban unas palabras, para distraerles, y entretanto, dos o tres les tomaban el turno, pasándoles delante. Ni Enrico ni Giuseppe se atrevían a protestar, porque les parecía de pésima educación, pero también les parecía

de pésima educación lo que estaban haciendo con ellos. Una de las veces en que aquella operación estratégica se repitió, entre las risotadas de los obreros que formaban cola, Enrico se atrevió a decir, quitándose el sombrero y haciendo una ligera inclinación de cabeza:

—Nosotros somos primero...

—¿Son norteamericanos? — les preguntó un gigantón fornido, que de una mirada les podía aniquilar a los dos—. ¿Quién fué el primer presidente de Estados Unidos?

—Jorge Wáshington—dijo Enrico.

—Abraham Lincoln — replicó Giuseppe, que no estaba muy fuerte en historia americana.

Mientras habían pronunciado aquellos dos nombres, ya tres obreros les habían tomado la delantera. El gigantón se reía con unas carcajadas que le movían todo el abdomen en sacudidas terribles que infundían pánico. Aun le pareció que aquella broma era demasiado pequeña para aquellos dos *palomos* y les preguntó, queriendo mostrarse muy interesado por ellos:

—¿Tienen ya tarjetas del sindicato?

—No, señor.

—¡Ah, pues han de proveerse de ellas!...

—¿Pero cómo?... Ahora no podemos perder nuestros puestos en la fila.

—Es inútil que los guarden, porque sin tarjeta del sindicato no les dejarán trabajar.

—¿Y dónde se adquieren?

—Yo les informaré... ¡Ya se ve que son ustedes extranjeros y desconocen las costumbres del país! ¿Ven aquella tienda de allá enfrente?... Sí, aquella que tiene un rótulo chino... Pues allí les darán tarjetas de todas clases.

Se dejaron engañar, como si los chinos fueran ellos y no la tienda. Abandonaron su puesto y se encaminaron a una tienda de baratijas orientales, en donde no supieron darles razón de lo que pedían. Cuando regresaron ya todos los obreros habían obtenido en la ventanilla su carta de trabajo y su número. Al acercarse ellos, el hombre que se ocupaba de aquello les dijo con acritud:

—Hoy ya están cubiertas todas las plazas.

—¡No es posible!... ¡Si hemos hecho tres horas de cola!... Pero nos dijeron que necesitábamos una

tarjeta del sindicato y fuimos a buscarla...

—Lo que necesitan ustedes es que les desasnen... — murmuró el hombre, con mal humor.

—Pero... es que traemos una carta del señor Pelkey—dijo Enrico con timidez.

—¡Ah, si vienen recomendados de míster Pelkey la cosa cambia de aspecto! Vengan conmigo y tendrán trabajo.

Enrico y Giuseppe se contemplaron satisfechos. ¡Por fin América les abría sus brazos maternos que dan amparo al desvalido y hogar al paria! Siguieron al capataz que les dió palas y picos y les hizo descender a un profundo surco que se hacía en la tierra para poder tender unos cables eléctricos. El trabajo era duro para aquellos dos bohemios que no estaban acostumbrados a él. En Italia trabajaban en el campo y la tierra era allá tan pródiga y tan generosa que no tenían que esforzarse mucho para vencerla. ¡Pero aquí!... Parecía que les habían dado el más duro trabajo a ellos dos, que eran los más débiles y los menos entrenados de toda la brigada.

—¡Mejor hubiéramos hecho

quedándonos en Italia! — suspiró Giuseppe que, como buen hijo del sur, amaba mucho más tenderse cara al sol y soñar vagamente, escuchando el runruneo de los insectos, que trabajar duro, luchando contra una tierra reseca y llena de rocas.

—Pero aquí no podemos hacer fortuna — replicó Enrico que no abandonaba sus esperanzas.

—¡Fortuna!... Aquí nos vamos a convertir en ratas de alcantarilla... Por lo menos, en Italia éramos grillos de los campos...

—Y nos moríamos de hambre.

—No nos moriremos aquí de hartura, no... ¡como no sea de hartura de trabajar!...

—¡Eh!... ¡menos charla y más trabajo!... — gritó el capataz que vigilaba estrictamente a la brigada.

Los dos italianos se miraron con desaliento y volvieron a clavar en la tierra los picos con una desgana invencible.

—Os voy a dar un consejo — les gritó el hombretón que ya les había engañado una vez cuando estaban haciendo cola—, pedid al capataz que os dé un *estirador de alcantarillas*. Es un aparato muy

práctico que sirve para agrandar los hoyos sin tener que esforzarse con los picos y las palas.

Enrico creyó de buena fe las palabras del americano, y se apresuró a pedir al capataz el “estirador”, pero el capataz le dió una mirada que parecía querer fulminarle y le dijo:

—¡A trabajar, vago!...

Giuseppe Basigalupi estaba extenuado. Prefería el hambre en Italia que aquel penoso trabajo en Norteamérica, aunque ello les pudiera reportar comer con abundancia. No sonaba nunca la hora del almuerzo. Le parecía que llevaba un año metido en aquel hoyo excavando la tierra. A las doce en punto el capataz hizo sonar el pito y los obreros dejaron en seco las herramientas de trabajo, precipitándose todos a la taberna donde comían cada día. Se aglomeraron frente al mostrador. El hombre del bar llenaba los vasos de cerveza y los tiraba con aplomo a lo largo del mostrador inacabable. Los vasos resbalaban rápidos y unas cuantas docenas de manos se apresuraban a cogerlos, llevándolas ávidos a las bocas sedientas.

Enrico y Giuseppe llegaron los

últimos. No se precipitaban nunca. Caminaban despacio, como si hubiera tiempo para todo en el país del dinamismo y de la locura. Al entrar en la taberna se quedaron atónitos al ver que estaba ya rebotando de gente y se acercaron al mostrador, abriéndose paso penosamente entre los demás obreros.

—Cerveza—pidió Enrico con su voz tímida, humilde, modosa, que nunca levantaba el tono.

Aquella petición no llegó a oídos del hombre del bar que siguió lanzando los vasos seguro de que todos hallarían cliente antes de llegar a aquel para quien estaba destinado. Ni Enrico ni Giuseppe conocían el arte de atrapar los vasos a tiempo, cuando pasaban frente a ellos, resbalando veloces sobre el mostrador encerado. No pudieron hacerse con ninguno. Se los arrebatában de las manos antes de que ellos hubieran hecho el más pequeño gesto para apoderarse de la bebida, de la que estaban tan ávidos después de haber trabajado toda la mañana respirando el polvo de la tierra reseca.

Se apartaron de allí y se acercaron al mostrador, donde estaban preparados los sandwiches y los

platos de comida. Enrico tomó lo que primero le vino a mano, porque allí no había aún clientela y además había un gran letrero que decía: “La comida es gratuita”.

—¡Qué gran país, Giuseppe! — exclamó Enrico sorprendido por aquel anuncio.

Pero antes de que hubiera podido llevarse a la boca el apetitoso sandwich, ya se lo había arrebatado de las manos el vendedor, diciéndole con furia:

—Aquí sólo se da gratuita la comida a los que han consumido seis vasos de cerveza...

Enrico bajó la cabeza desalentado y miró a Giuseppe que lanzó un profundo suspiro y murmuró:

—¿Quién dijo que en Estados Unidos todos son iguales?

—Quizá no estamos en Estados Unidos... —replicó Enrico, anonadado por lo que les acababa de suceder.

Volvió a sonar el pito que les llamaba al trabajo. Al mediodía tenían sólo treinta minutos de descanso para comer precipitadamente cualquier cosilla en el bar o en la taberna. Pero por la tarde acababan el trabajo a las cuatro y entonces podían ir a sus casas a co-

mer cuanto les viniera en gana. Los obreros se precipitaron a sus puestos con la misma rapidez con que se habían precipitado al bar. De nuevo recomenzó el interrumpido trabajo y Enrico y Giuseppe, inseparables siempre—parecían un hombre y su sombra—llegaron a su puesto cuando los demás hacía ya cinco minutos que trabajaban. El capataz les miró con recelo. Sin duda pensó que míster Pelkey le había recomendado a dos zánganos inútiles.

Por dificultades del terreno el capataz tuvo que ordenar que se preparara un barreno para vencer la resistencia de la roca que la fuerza del hombre no era bastante a vencer. Naturalmente, era preciso parar todo el tráfico a alguna distancia del lugar donde la explosión había de producirse, a fin de que no pudiera ocurrir ningún accidente desagradable.

—¡Eh, tú, muchacho, ven acá! —le gritó a Enrique. Y poniéndole en las manos una banderola roja, añadió señalándole un punto estratégico de la calle—. Toma, vete allá y haz parar el tráfico cuando yo te avise con un toque de pito.

Enrico miró la bandera. No

comprendía qué era aquélla, pero Giuseppe, que se las daba de muy inteligente, le dijo al oído:

—Haz lo que te mandan. Con esta bandera estás respaldado por todo el poderío del Gobierno.

Se adelantó hasta el lugar que le habían indicado, llevando replegada la bandera debajo del brazo. Le producía curiosidad aquella banderita. Cuando estuvo ya colocado en medio de la calle sintió comecón de contemplarla, la sacó de debajo del brazo y la desplegó en alto. Un autocar magnífico, que venía a gran velocidad por la calle, tuvo que emplear todos sus frenos para detenerse a un palmo de distancia de Enrico. Los demás vehículos que le seguían se vieron obligados a hacer lo mismo. Enrico se volvió y contempló ufano a aquel auto soberbio que parecía querer aplastarle con su voluminoso orgullo y pensó:

—¡Esta bandera es un talismán precioso!

—¡Eh... imbécil!... ¿Para qué has parado el tráfico?—le gritó el capataz enfurecido al ver la ineptitud de aquel hombre.

—Para practicar—comentó En-

rico, sin inmutarse, divertido con el juego.

—Deja pasar, hombre, deja pasar y espera a que yo toque el pito.

Bajó la bandera y cedió paso al soberbio autocar que iba repleto de elegante muchedumbre. Enrico le vió pasar, sonriéndoles con su amable sonrisa de italiano, hecha de dulzuras y de hombría de bien y de inocencia.

Al poco rato sonó el pito del capataz. Enrico se paró en medio de la calle con la banderola desplegada. Esta vez dos automóviles particulares, dos soberbios automóviles, un Rolls-Royce y un Lincoln, se detuvieron, haciendo funcionar sus frenos suaves y silenciosos.

Pero la espera no debía placentera, porque las bocinas comenzaron a hacer sonar sus voces roncadas, llenando el aire de estrépito. Los autos que les seguían, animados por el ejemplo de los que estaban a la cabeza de la fila, también hicieron sonar los claxons y las bocinas. Era aquello una algarabía infernal, pero Enrico no se dejaba conmovir. Estaba parado allí, con las piernas abiertas, entre los dos automóviles, dándoles la espalda, y con la banderola roja en la mano.

En uno de los automóviles iba una elegantísima pareja. En el otro un caballero solo. La dama del primer automóvil estaba impaciente y habló a su chofer por el pequeño teléfono interior del auto. El chofer habló a Enrico unas palabras, que no llegaron a conmovirle. Entonces la dama, cada vez más impaciente, llamó a aquel hombre que estorbaba el paso de su coche y asomó la cabeza por la ventanilla para poderle hablar. Enrico, siempre galante, siempre caballero, siempre atento y lleno de educación, se acercó a la dama y se la quedó mirando con unos ojos muy abiertos, muy abiertos, llenos de asombro y de alegría y de luz.

—Déjenos pasar —le dijo ella, asustada un poco por la mirada de aquel hombre que consideraba impertinente y retardadora.

—¿No ve usted esta bandera roja?... ¿No sabe lo que significa?... Significa que no puede pasar...

—¡Pero voy a llegar tarde a las carreras!...—contestó ella, cada vez más asustada de la mirada de aquellos ojos negros—. ¿Por qué me mira así?—preguntó, queriendo acabar con la obsesión de aquellos ojos.

Enrico llevó la mano a su bolsillo, sacó un pequeño taco de madera forrado de raso negro y se lo mostró a la dama en la que había reconocido inmediatamente a la bellísima mujer del buque que les había traído hasta Nueva York, diciéndole:

—Su tacón... señora...

—¡Pero...! ¿Otra vez usted? — preguntó ella sonriendo con una sonrisa adorable, que hizo totalmente feliz al muchacho.

—Yo, para lo que pueda servir. Me llamo Enrico Scaffa, con dos efes. Aquí, en América, se empeñan en llamarme Scaffa, con una sola efe; pero mi verdadero nombre es con dos efes.

—Pues bien, señor Scaffa—dijo Beatrice, marcando mucho las dos efes—déjenos pasar y no nos haga llegar tarde a las carreras.

—¿Y su tacón? — preguntó Enrico, empeñado en devolvérselo.

—Puede guardarlo... — replicó Beatrice, y volviéndose a su acompañante explicó: — Este gentil caballero está empeñado en devolverme un tacón que perdí el día de mi llegada a Nueva York. ¿Nos deja pasar?

—¡De aquí no se mueve nadie!

—afirmó Enrico, contento de poder mandar a aquellas gentes que estaban acostumbradas a vencerlo todo con el peso de su dinero. A él no podían comprarle, porque con él estaba su maravilloso talismán: la banderita roja que obraba aquellos milagros.

El caballero que iba con Beatrice Newnes habló al caballero que iba en el otro automóvil que se había parado al mismo tiempo que ellos:

—¿Va usted a las carreras? — le preguntó.

—Sí, Drake, voy a las carreras, pero ese bruto nos hará llegar tarde.

—¿Y por qué no le obliga usted a dejarnos pasar?

Entretanto las bocinas seguían armando una baraúnda infernal y apagaban las voces hasta el punto de tener que hablar a gritos para entenderse. El caballero que había hablado con Rodman Drake llamó a Enrico y le dijo en un tono autoritario que parecía querer intimidarle:

—Deje paso inmediatamente.

—¡De aquí no se mueve nadie! — chilló Enrico, cruzándose de brazos en actitud resoluta.

—¡He dicho que nos deje pasar! —replicó el otro, exasperado por aquella insolencia.

—¡Y yo he dicho que nadie se movería del sitio! —afirmó Enrico sin variar de actitud.

—¿Sabe usted con quién está hablando? —preguntó el caballero, cada vez más enfurecido.

—Supongo que con el alcalde—contestó Enrico con chunga.

—Precisamente habla usted con el alcalde—replicó el del auto muy serio.

Enrico no le creyó y se echó a reír. El pito del capataz había sonado. Enrico se hizo a un lado muy galantemente, interceptó el paso del automóvil del alcalde, pero dejó libre el de Beatrice, y dijo con una inclinación digna de Versalles:

—Puede usted pasar, señora.

Luego se encaró con el alcalde y añadió, usando toda la brusca franqueza del país joven, dinámico y lleno de energías:

—¡Usted será el último en pasar, por impertinente!

Beatrice Newnes no pudo contener una sonrisa al escuchar aquellas palabras. Agitó la mano en señal de despedida al pasar frente a Enrico y se alejó velozmente arras-

trada por aquel automóvil elegante y soberbio que se deslizaba sin ruido sobre el asfalto bruñido de la calle.

El capataz se acercó a Enrico, sin comprender por qué el muchacho seguía empeñado en detener al otro automóvil.

—¿Qué haces, imbécil? — le preguntó. Le había tomado cariño al epíteto y se lo lanzaba a Enrico cada dos palabras tres veces.

—El imbécil es ese que va ahí dentro—contestó Enrico, señalando al caballero del auto—. ¡No dice el tipo que es el alcalde!

El capataz miró al aludido y palideció:

—Excelencia, perdone... Excelencia, no sabía que su Excelencia... Si hubiera sabido... hubiéramos dejado de barrenar...

—Ese muchacho me ha puesto en ridículo...—dijo el alcalde, mirando con curiosidad al extranjero.

—No he hecho más que cumplir con mi deber—contestó Scaffa con aplomo—. Me mandaron que parara el tráfico.

—¡Pero no te mandé que detuvieras al alcalde, imbécil!... ¡Trae esa bandera!

—¡Nadie podrá arrebatarme mi

talismán! ¡La bandera es mía!...— contestó Enrico, descargando un formidable puñetazo en la mandíbula del capataz, que cayó al suelo tambaleándose.

El alcalde volvió a mirar con más curiosidad a aquel valiente, y le preguntó:

—¿Qué número tienes?

—El uno-seis-siete-ocho-dos.

—¿Cómo te llamas?

—Enrico Scaffa, con dos efes.

—Nos volveremos a ver, Enrico Scaffa...—dijo el alcalde mientras su automóvil tomaba marcha y se perdía a lo lejos.

El capataz se había puesto en pie. Estaba furioso. Aquel muchacho no sólo le había puesto en ridículo delante del alcalde, sino que le había comprometido.

—Queda usted despedido desde este mismo momento—le dijo.

—¿Ves, no te lo había avisado?—murmuró Basigalupi, que estaba aterrado por lo que acababa de pasar.

—Y usted también está despedi-

do, porque es más imbécil que él.

Les dejó plantados, pero no intentó arrebatar la banderola roja a Enrico, que quedó con ella en la mano, contemplándola como si esperara que ella le diera inspiración.

—¡Ya ves lo que has conseguido!...—suspiró Giuseppe Basigalupi—. ¿Es que te has vuelto loco?

—No—replicó Enrico con firmeza—, es que ahora empiezo a comprender las cosas. Vamos a comer.

Entró en el bar con aires de matón. Empezó a dar empujones a cuantos se ponían delante de él; arrebató un vaso de cerveza de las manos del hombrón que antes se burlaba de él; comió cuanto quiso y lo mejor que halló; se lió a puñetazos con alguien que quiso gastarle una broma pesada; dejó a todos estupefactos por el cambio de actitud tan radical que había adoptado y salió, seguido siempre por su sombra, por aquel Giuseppe Basigalupi, que parecía hipnotizado por la actitud de su amigo.

\* \* \*

Pasaron unos días. Enrico había colocado en el lugar preferente de su dormitorio la banderita roja, que era su mascota. Esperaba tranquilo, seguro de que ella le había de traer suerte y cuando recibió aviso de la alcaldía de que se presentara, tuvo la seguridad de que su suerte estaba echada, de que se iba a librar una batalla a vida o muerte y de que la banderola había de decidir. Se la metió en el bolsillo antes de salir de casa.

No tuvo que hacer antesala, ni tuvo que esperar en inacabables horas a que el alcalde le recibiera. Le introdujeron rápidamente al saber su nombre y le llevaron dos detectives a la presencia del alcalde.

—¿Era éste el hombre que buscaba?—preguntó uno de los detectives.

—Este es—contestó el alcalde, comprobando la personalidad de Enrico.

El otro detective, viendo que el muchacho guardaba el sombrero sobre su cabeza, sin tocarlo para nada, se lo arrebató de un manotazo, pero Enrico no se dejaba intimidar; con otro manotazo más fuerte y más certero, tomó su sombrero y se lo volvió a poner.

—Este es mi sombrero—dijo, hundiéndoselo hasta las orejas.

—¿Andas buscando quién te rompa la cara?—le preguntó el alcalde, dominando la risa que le daba la actitud bravía del mozo.

—No, ando buscando a quien romperla—contestó Enrico.

—Creo que tú y yo nos vamos a entender bien. Pero antes de arreglar cuentas, ¿no sabes tú que al alcalde no se le puede impedir nunca el paso, como lo hiciste tú el otro día?

—No sabía que usted era el alcalde... pero aunque lo hubiera sabido tampoco le hubiera dejado pa-

sar. Mi obligación era cumplir estrictamente la orden que me habían dado.

—¿Y si te hubiera dado un puñetazo?

—Le habría contestado con otro. Ya vió usted que tenía el puño fácil. Creo que al capataz aun le duele la quijada.

—Eres valiente, muchacho, y pareces honrado... No me gusta que trabajes en las alcantarillas... Tengo un buen empleo para ti... Te quedarás en el ayuntamiento. Mi secretario te enseñará la oficina.

—No puedo quedarme si no admiten a mi socio—contestó Enrico.

—Queda admitido desde este momento. El te ayudará en tu trabajo. Enséñeles la oficina, mister White.

El así nombrado se puso en pie y dijo a Enrico:

—Sígame. Y usted también —añadió, mirando a Giuseppe.

Le siguieron por los largos y amplios pasillos de la Alcaldía y entraron en una habitación que debía hacer mucho, mucho tiempo que no se habitaba. Estaba llena de polvo, en el más completo desorden, sucia y maloliente. Era una

oficina, pero una oficina de quien sabe que época:

—Aquí podrán ustedes instalarse a su gusto. Se ha de hacer limpiar un poquito, pero eso no tiene importancia. Cuando esté limpia se encontrarán muy a gusto.

—Huum...—musitó Enrico disgustado por aquello—. ¿Cuándo la limpiarán?

—Ahora mismo, si quieren. El señor alcalde ha ordenado que les diéramos todo cuanto les hiciera falta.

—No me parece mal. ¿Y qué trabajo es el mío?

—Pues... trabajo, trabajo... Verá usted: por el momento le nombro aspirante a ayudante de pasante de secretario. ¿Qué le parece el titulito?

—Un poco largo. No quedarán bonitas las tarjetas. ¿Pero qué es lo que tengo que hacer?

—Nada. Puede fumar, leer la prensa, dormir, soñar... lo que quiera... En el Ayuntamiento no hay trabajo, pero no puede usted quejarse, porque le conceden un bonito empleo. Además tiene a su amigo... para ayudarlo...

—¡Magnífico!... Ha sido una gran invención.

Aquello fué el comienzo de la carrera de Enrico Scaffa—con dos efes—. La oficina se transformó rápidamente gracias a la vigilancia de Enrico. La hizo limpiar a fondo, hizo pintar las paredes y el techo, poner cortinas en las ventanas, muebles nuevos, archivadores modernos. Como si el arreglo de la habitación llamara al trabajo, se le comenzaron a confiar diversos asuntos. El muchacho era inteligente, despejado y activo en aquel campo de experimentación; Enrico no había nacido para el trabajo manual; Enrico era un cerebro, no una máquina, y su cerebro despertaba cada día más y más. Estaba entusiasmado. Sin saber cómo había adquirido rápida popularidad y los asuntos iban siendo cada vez de mayor importancia.

Pasados tres meses tenía ya a su cargo todo un distrito de la ciudad, un distrito pobre, de trabajadores, de pequeños industriales, de gentes miserables, que le disputaban a la vida un poco de aire y un pedazo de pan, hacinados en las grandes casas de vecindad que eran como hormigueros humanos, y en las que se mezclaban gentes de todos los países.

Enrico se interesaba por la vida de aquellas pobres gentes. El había conocido la miseria y la sordidez de una vida semejante a la de aquellos centenares de seres confiados ahora a su vigilancia y a su control. Había allí también muchos maleantes, pero Enrico sabía que muchas veces la maldad nacía de la miseria, y que si se pudiese quitar del mundo el hambre y la escasez, se evitarían muchos descarros de conciencias. A excepción de casos clásicos de maldad nativa, los ladrones, los criminales, los degenerados, surgían de aquella masa de gentes que sufrían la miseria desde su nacimiento. Y la miseria es una mala consejera y la maestra segura de muchas corrupciones.

Tenía Enrico cuidado de no acusar desalmadamente a los que cometían un delito. Procuraba buscar atenuantes antes de denunciarles al juez y darles oportunidad para regenerarse y para salir de la sima en la que se habían hundido. Estaba convencido de que con paciencia y con amor se podría regenerar a la humanidad, y que más culpable era el que desde altos cargos y lugares preeminentes abusaba de la

buena fe y de la ignorancia del pueblo.

Su nombre adquirió, pues, rápida popularidad entre las pobres gentes de su barrio que adivinaron en él al defensor justo y al padre clemente. Todos iban a consultarle, a suplicarle, a confiarle sus penas.

Un día acudió a verle una viejecita llorosa y angustiada. Era italiana, como él, y venía a implorar clemencia para su hijo que había sido detenido más de una vez, pero tenía lástima de la viejecita, que vivía sólo del amor de aquel hijo al que disculpaba en su inagotable clemencia maternal.

—Mi hijo no es malo, ¿sabe?—le decía la pobre madre, queriendo convencer a aquel hombre en el que ella había puesto su esperanza—. No es malo de corazón... Coge lo que no es suyo... pero no es malo, yo le juro que no es malo...

—Bueno, cálmese, no llore... Le prometo que esta misma noche le tendrá usted en su casa, pero ha de prometer no volver a apoderarse nunca de lo que no es suyo.

—Yo se lo haré jurar por la memoria de su padre... ¡Oh, signore Enrico, vi prego, vi prego!...—suplicaba la infeliz mujer, volviendo

a su lengua nativa sin darse cuenta ella misma.

—Váyase tranquila. Le he prometido ponerle en libertad y cumpliré la promesa. Tony cenará esta noche con usted.

—¡Oh, que el cielo le bendiga!...

Enrico cumplió su promesa. Si la madre no hubiera sido tan vieja... si no hubieran hablado la dulce lengua de su patria... si él no tuviera tan buen corazón... acaso no se hubiera atrevido a poner en libertad a aquel chico al que sabía ladrón empedernido y del que tenía la seguridad volvería a sus vicios, a pesar del llanto de la madre y del juramento que le haría prestar. Pero todas aquellas circunstancias especiales le hicieron olvidar las maldades del hijo para pensar sólo en la pena de la madre.

—Me ha dado lástima la viejecita—murmuró, mirando a Basigalupi, que seguía siendo su sombra.

Giuseppe estaba casi tan transformado como Enrico. Nadie hubiera podido reconocer en aquellos dos gentlemens a los desarraigados inmigrantes que pusieron pie en tierra sin un centavo, pero con un

caudal inagotable de ilusiones. ¡Qué gran país era América! Había campo para correr en cualquier dirección y llegar a la meta en pocos meses. Ellos habían comenzado limpiando alcantarillas — no era un trabajo ni muy limpio ni muy halagüeño — pero ahora estaban convertidos en dos personajes. Estaban orgullosos de su poderío. Y estaba más orgulloso Giuseppe del renombre alcanzado por Enrico, que el propio Enrico que no se acababa de dar cuenta de que fuera verdad aquel rápido encumbramiento.

—Esto únicamente nos podía suceder en América—decía Enrico.

—Y podía no habernos sucedido ni en América — murmuraba Giuseppe acordándose de los días que pasó picando la tierra árida y reseca de la ciudad—. Pero ahora nos hemos convertido en dos verdaderos señores y nadie podrá hacernos caer.

—Todo nos lo ha dado... eso... —replicó Enrico, mostrando la banderola roja que tenía colgada en la pared, en el testero preferente, de honor, como si fuera la más honrosa de las condecoraciones que hubiera podido obtener.

Así fué pasando el tiempo. Enrico se encariñaba cada vez más con su trabajo y ponía más empeño en cuidar de la tranquilidad y del bienestar de los habitantes de su barrio. Le parecía que ya era algo suyo.

El día en que uno de los secretarios del alcalde le anunció que se le quería cambiar de barrio para que tuviera trato con gentes más distinguidas y su trabajo fuera menos penoso, replicó sin vacilar ni un instante:

—Dígale al alcalde que si no quiere que viva entre mi gente... que presentaré la dimisión de mi cargo. Aquí estoy en mi propio ambiente y no quiero cambiar de aire. ¿Ha entendido?

—Perfectamente—replicó el secretario, sin querer insistir.

El alcalde, que conocía las decisiones irrevocables de Enrico Scaffa, optó por dejarle en el mismo puesto y en recompensa a sus servicios le aumentó el sueldo en la medida proporcional en que se le habría aumentado si hubiera cambiado de barrio.

Scaffa y Basigalupi, que también tenía su sueldo como superintendente de Enrico, vivían como

príncipes. Nunca pudieron soñar en tener un apartamento elegante, criados a su disposición, y hasta un elegante automóvil que les llevaba rápidamente a sus diversiones y a sus deberes.

Scaffa se divertía con su secretaria particular, una americanita típica, muy joven, muy bonita, muy alegre, muy complaciente y con muy pocas preocupaciones. A Enrico le divertía la chiquilla, pero él pensaba siempre en la mujer, en aquella mujer ante la que el destino le había colocado dos veces y a la que no había vuelto a ver, aquella mujer espléndida, de deslumbradora hermosura, de refinada elegancia, altiva y orgullosa, pero deliciosa en su orgullo comprensible.

Basigalupi no tenía amiguita conocida. Se divertía con todas. Era una mariposa inquieta que revoloteaba de flor en flor, sin dejarse aprisionar por ninguna. Era ahora demasiado feliz para que se decidiera a meterse en preocupaciones femeninas.

Enrico esperaba que el destino, aquel dios que no le había abandonado nunca, le pondría pronto ante la mujer amada platónicamente.

Pero el destino parecía complacerse en hacerle más deseosa la presa poniéndosela cada vez más lejos.

Un día llegaron a la oficina de Enrico Scaffa alarmantes rumores. La sucursal del Banco de Inversiones del Hudson que estaba emplazada precisamente en su barrio, amenazaba con la quiebra. Se decía que uno de los altos funcionarios malversaba los fondos confiados a la sucursal por las pobres gentes del barrio que depositaban en él sus ahorros y que, de no ponerse en claro el balance, suspendería pagos.

—¡Pero eso es una infamia!— había gritado Enrico al enterarse de aquella noticia.

—Será una infamia, pero es la verdad —le dijo el informador—. Hoy mismo los libros pasarán a manos del Gobierno para hacer una revisión. Los rumores que corren son muy alarmantes. Se trata de algunos millones de dólares.

—Está bien. No dejaré que quiebre esa sucursal en donde las pobres gentes de mi distrito tienen sus ahorros. No suspenderán pagos. Yo sabré encontrar un camino para salvar la situación de esas po-

bres gentes. ¿Quién es el presidente de la Sucursal?

—Es el mismo fiscal del distrito, Rodman Drake.

—Gracias. Hablaré con él esta misma noche.

Enrico Scaffa llamó primero a Tony, el ladronzuelo al que había salvado de la cárcel y que parecía regenerado.

—Tony — le dijo —, nos hemos hecho algunos favores mutuamente. Ahora necesito que me ayudes. Hay que desenmascarar a Rodman Drake, el presidente de la Sucursal del Banco de Inversiones del Hudson. Mañana reuniremos al Gran Jurado y formaremos causa contra todos los directores del Banco. Necesito averiguar quién es el que malversa los fondos de mis pobres gentes. No podemos permitir que el Banco cierre sus puertas. Todas mis gentes tienen allí sus ahorros. No puedo dejar que mis gentes se arruinen.

Hablaba de las gentes de su barrio como si fueran su propia familia. Basigalupi le escuchaba en silencio, con mucha gravedad, como le escuchaba siempre, porque casi nunca le entendía.

Los rumores debían haber cun-

dido rápidamente, porque en aquel momento anunciaron la llegada del fiscal del distrito, el señor Rodman Drake.

Enrico estaba seguro de que Rodman Drake venía a comprarle, y aquello era para él la prueba más clara de la culpabilidad del magnate de las finanzas.

—¡Hasta el fiscal se digna venir a visitarte!—le dijo Tony, mirándole con envidia.

—Son perros, nada más que perros...—murmuró Enrico con desprecio.

—Y tú te has convertido en una verdadera potencia...

—¡Bah!... ¡Estoy asqueado!... El limpiar alcantarillas era un trabajo más limpio que éste... te lo juro... Que pase Drake, veremos qué quiere.

—¡El superintendente Basigalupi se marcha!—exclamó Giuseppe, poniéndose en pie y disponiéndose a salir de la habitación, temeroso de que surgiera algún altercado.

—El superintendente se queda —ordenó Enrico, cogiéndole de un brazo y empujándole hasta hacerle caer en un butacón—. Siéntate, que vamos a tener visita.

Rodman Drake entró en el des-

pacho. Venía dispuesto a hacerle a Scaffa alguna proposición que pudiera arreglar aquel enojoso asunto de la suspensión de pagos de la Sucursal del Banco que representaba. Entró decidido, con la sonrisa en los labios, queriendo congraciarse y captar la simpatía de aquel al que quería sobornar.

—¿El señor Scaffa?—preguntó.

—El mismo. Tengo mucho gusto en encontrarle de nuevo —replicó Enrico, sin apartar las manos de sus bolsillos y desentendiéndose del gesto amistoso que Rodman Drake había iniciado.

—Pero... ¿es que nos hemos encontrado alguna vez? —preguntó Drake, queriendo recordar.

—Sí... hace tiempo... mucho tiempo—contestó Enrico vagamente, acordándose del día aquel en que él, banderola roja en mano, detuvo el tráfico en una importante arteria neoyorkina, y en que pudo hablar un breve instante con su amada desconocida, con la mujer que ocupaba por entero su vida, sus esperanzas y sus más caras ilusiones. Aquel hombre que la acompañaba era el mismo que ahora tenía ante él.

—No recuerdo...—replicó Dra-

ke, un poco desconcertado—. Veo tantos rostros distintos... ¿Fué en el Consejo...? ¿Fué en la presidencia?

—No se esfuerce... No importa dónde fué ni como fué... ¿Deseaba usted hablar conmigo?

—Sí... pero quisiera hablar a solas con usted —dijo Drake, mirando recelosamente a Giuseppe.

—Y yo prefiero que haya testigos de esa conversación...—añadió Scaffa con ironía, dando a entender a Rodman Drake que conocía el asunto y que no estaba dispuesto a transigir.

—Pero es que lo que tengo que decirle no se lo puedo decir aquí... tendría que decírselo en privado.

—¡Comprendo!... Y era lo que yo esperaba. Pero a mí no me interesa hablar en privado con usted. Si no puede decirme aquí mismo lo que tiene que decirme, lo siento mucho... dispénsame —dijo Enrico, dirigiéndose a la puerta y abriéndola con una cortés reverencia, que conservaba aún como uno de sus últimos recuerdos de Italia.

Drake se mordió los labios, le miró desde lo alto de su omnipotencia y, sin añadir palabra, salió

de aquel despacho con el ánimo lleno de ira contra aquel hombre pequeñito, insignificante, que podía más que él.

—¿De qué le conoces? —preguntó Giuseppe a su amigo, soltando una bocanada de humo, extraí-

da al gran cigarro que estaba fumando.

—Es el marido de una persona a la que jamás he podido olvidar, a la que nunca olvidaré... —murmuró Enrico en tono soñador y nostálgico.

\* \* \*

En el magnífico salón de su palacio soberbio Beatrice Newnes, vestida con una elegancia que concordaba con la elegancia del decorado, esperaba a su marido tocando el piano. Había recibido aquella tarde dos mensajes telefónicos que la habían enervado: uno de su marido, anunciándole que a causa de algunas dificultades en la marcha de los negocios, seguramente se vería obligado a salir precipitadamente de la ciudad por algún tiempo; otro de un desconocido que había dicho se llamaba Scaffa, que se había dicho antiguo conocido suyo y que se había invitado boni-

tamente a tomar unos cocteles, aquella misma tarde, en su mismo palacio. Beatrice, alarmada, se puso a tocar el piano para no pensar en cosas desagradables. Era demasiado bonita para dejar que la preocupación dejara la huella fea de su paso en el rostro perfecto, o socavara arrugas en la frente tersa. La música era para la joven señora un sedante magnífico de los nervios, y acudía a ella en cuanto sentía que las preocupaciones tomaban demasiado incremento en su cerebro.

El primero en llegar fué su marido. Venía preocupado y nervioso,

pero él no podía acudir a la música como sedante, por varias razones: primera, porque no sentía la música; segunda, porque de haberla sentido no era capaz de tocar dos notas seguidas en el piano; tercera, porque su preocupación no podía encontrar paliativo en un vals de Chopin o en una balada de Schubert, ni siquiera en un foxtrot americano; cuarta... Pero, ¿a qué enumerar? Las razones por las cuales Drake no acudía a la música, como su encantadora mujer, cuando estaba preocupado, eran tantas que sería temerario quererlas especificar.

Hoy, más que nunca, sentía Rodman que su preocupación tenía muy fundada raíz. Saludó a su mujer con un saludo indiferente, un saludo de esos que denotan muy a las claras que la felicidad y la completa unión de un matrimonio están tambaleándose y comenzó a pasear nerviosamente a lo largo del salón, mientras Beatrice seguía recorriendo las teclas del piano.

—¿Sabes quién va a venir dentro de un momento?—le preguntó la joven volviendo a él la cabeza.

—No.

—Un antiguo amigo al que yo

no conozco, aunque él me asegura que nos conocemos desde hace tiempo. Un tal Scaffa... ¿Le conoces tú?

—¿Yo?... Sí... no sé... sí, creo conocerle — balbuceó Rodman un tanto turbado—. ¿Y cómo ha sido?

—El mismo se ha invitado a tomar unos cocteles con nosotros, ahora, aquí mismo. Ya debe estar en camino. ¿Qué clase de hombre es ese?

—Pues... yo creo que es un hombre muy influyente en política... una verdadera potencia.

—Entonces vendrá a buscar dinero para echar tierra sobre ese asunto que te obliga a ti a partir precipitadamente de Nueva York —replicó Beatrice con desdén, mirando a su marido con una mirada en la que había crueldad, burla, desprecio... de todo menos cariño.

—No sé lo que querrá, pero es un hombre sumamente influyente... Es preciso recibirle y mostrarse muy amable con él.

Beatrice se encogió de hombros y siguió tocando. ¡Mostrarse ella amable con un hombre al que no conocía y que sin duda venía a proponer una especie de chantaje!... Nunca se rebajaría a tal cosa.

No tardó en llegar Enrico Scaffa con su sombra, Giuseppe Basigalupi; éste venía como testigo de lo que allí se iba a tratar; Scaffa no dejaba suelto ningún hilo que pudiera servirle para dejar bien ligado todo su plan. Entraron los dos sonrientes, elegantes, finos, corteses, en el gran salón de los Drake. Eran dos perfectos caballeros marchando con naturalidad por una mansión señorial a la que estaban habituados. Ni el más pequeño gesto de admiración, ni la turbación más mínima al encontrarse ante aquella insospechada riqueza.

Solamente Enrico tuvo que esforzarse por contener una emoción totalmente distinta: la emoción de verse delante de la mujer a la que amaba en silencio desde el día en que la viera rápidamente, cruzando la multitud miserable del pasaje de tercera, con su cuerpo airoso y su altivez de reina. Se adelantó a ella y la besó la mano con una galantería principesca:

—A los pies de usted, señora de Drake—le dijo, mirándola profundamente a los ojos.

Luego saludó al marido, presentó al amigo y se sentó sin ceremo-

nia en el sofá que estaba colocado junto al piano. Beatrice no había cesado de tocar. Estaba dispuesta a recibir con toda frialdad a aquel intruso, y exageraba su desdén. Enrico se sentía herido, pero no quería darlo a entender. Ya llegaría el momento en que la señora se vería forzada a fijar en él su atención.

Drake sirvió unos cocteles que el criado presentó en bandeja de plata. Beatrice lo desdeñó, pero Enrico tomó una copa y bebió lentamente, en silencio, escuchando con religiosidad la música. Cuando Beatrice terminó la pieza, murmuró siempre galante, siempre cortés, con la distinción y la elegancia de un verdadero italiano:

—Toca usted admirablemente... ¿Quiere volver a tocar eso... sólo para mí?

Beatrice se volvió súbitamente a mirarle, queriendo desafiar a aquel atrevido.

—¿Qué es lo que acostumbra hacer un político como usted? — le preguntó con aire de reto.

—Un político como yo... se limita a dar consejos...

—Y a cobrarlos muy caros—in-

terrumpió con crueldad y con dureza Beatrice.

—Depende...—murmuró Scaffa sonriendo.

—¿Aceptaría usted algún cargo público? — preguntó ella hiriendo directamente, con una absoluta inconsciencia de lo que estaba haciendo.

—No... Suelo dejar la gloria para los otros... Me gusta más desenvolverse en la sombra. Hay más libertad de acción que en un lugar preeminente.

—Desenvolverse en la sombra, mientras usted tenga en las manos las riendas del poder, ¿no es eso?

—Podría ser esto.. pero no lo es... Para subir a un lugar destacado hay que tener valor, osadía, firmeza de carácter y saber sostenerse en él suceda lo que suceda. El estar por encima de todos tiene sus inconvenientes.

—¡Oh, pero aquí, en nuestro país, es fácil ascender!... Cualquiera sobrevenido, cualquier intruso puede lograrlo...

—Así parece... — murmuró con marcada ironía Enrique, mirando a Rodman y sonriendo, no queriendo recoger aquel insulto que a él iba dirigido—. Y ahora, al grano

—añadió cambiando de actitud y cogiendo aquel aire americanizado que adoptaba cuando se trataba de hablar de negocios y, sobre todo, cuando se trataba de imponer su voluntad.

—¿En privado?... — preguntó Beatrice poniéndose en pie.

—No, señora — replicó Enrico levantándose a su vez y ofreciendo a su lado puesto para la dama; —prefiero tener testigos de cuanto voy a decir... Si me hace el honor de sentarse...

—Basta de preámbulo — interrumpió Rodman, que estaba sumamente nervioso—. Diga sin ambages lo que quiere.

—Muy bien, lo diré... Usted está camino de la cárcel... Los libros del Banco de Inversión están en poder del Gobierno, que los revisa. El desfaldo es evidente. El Gran Jurado de Finanzas va a instruirle sumario y su condena es certera. Estoy enterado de todo y puedo prevenirle con tiempo.

—¿Prevenirme?... ¿No puede ofrecerme un medio de escapar de ese conflicto? — preguntó Drake convencido de que lo que aquel hombre quería era dinero.

—Hay un modo de evitarlo...

pero cuesta mucho dinero — contestó Scaffa divirtiéndose en aquel juego que consistía en hacerles creer que acertaban en sus cavilaciones.

—¿Mucho dinero?... ¿Cuánto quiere usted? — preguntó Drake palideciendo.

—¿A cuánto asciende el desfaldo en el Banco?

—A cuatro millones de dólares.

—Pues le costará a usted cuatro millones de dólares—replicó Scaffa con aplomo, sin pestañear.

—¿Qué dice?... ¡Está usted loco!... ¡Yo no puedo dar esa suma! ¿No puede aceptar menos?

—Ni un céntimo menos... Ese dinero es el que depositaban en el Banco las pobres gentes del barrio en que está la sucursal; era el ahorro de trabajadores honrados; era el pan futuro de muchas familias que estaban luchando cruelmente con la vida, para poder obtener un pequeño bienestar dentro de unos años. Estos cuatro millones que le pido, no son para mí, son para ellos, porque de ellos es el dinero...

—Yo no he cometido ningún acto ilegal — dijo Drake, envalentado al ver que aquel hombre no

quería dejarse sobornar, sino que quería restituir—. La quiebra del Banco no es culpa mía.

—¡No mienta! Tengo pruebas que le acusan de modo irrefutable. Busque esos cuatro millones y démelos, antes de que sea demasiado tarde. Tiene usted tiempo hasta mañana a las cuatro.

—Si tuviera ese dinero, yo mismo lo ingresaría en los libros y quedarían las cuentas saldadas.

—Usted no puede obtener los libros, pero yo sí. Deme ese dinero y todo quedará arreglado sin que haya sumario, sin que suceda nada malo a nadie, sin que mis pobres gentes pierdan sus ahorros...

—No tengo esa suma, ni puedo encontrarla — contestó Drake—. Quizá podría encontrar un millón.

—O todo o nada—replicó Scaffa poniéndose en pie resueltamente—. Tiene tiempo hasta mañana a las cuatro, no lo olvide. Y no olvide que sólo le quedan dos caminos: o restituir la cantidad, o el presidio.

Dejó su aire arisco, desafiador, y de nuevo volvió a ser el caballero cuando se inclinó ante Beatrice y le dijo con la más refinada de las sonrisas:

—Muchas gracias por su hospitalidad. Vamos, magistrado —añadió, mirando a Giuseppe, que no había abierto los labios más que para saborear los deliciosos cocteles que le habían servido.

El reto estaba echado. Ahora era preciso esperar, pero no dormirse en la espera. Enrico Scaffa sabía toda la importancia que tienen los minutos que pasan y que ya nunca pueden volver a ser alcanzados. Marchó a su oficina y trabajó activamente hasta muy entrada la noche.

A la mañana siguiente llegó temprano a su despacho. Quería estar allí todo el día, para ser él mismo quien recibiera la cantidad que Drake había de llevarle, si se la llevaba. No tenía ganas de trabajar. El recuerdo de su visita a casa de Beatrice le tenía desasosegado. Aquella mujer se le iba metiendo cada vez más adentro en el corazón. No podía apartarla de su mente. Su amigueta la secretaria sabía bien que Enrico tenía un gran amor platónico, pero era demasiado americana para poder comprender la intensidad de esos amores que sólo se dan en el viejo continente. América es demasiado joven y está de-

masiado pletórica de vida para que pueda penetrar en el sentido de ese amor sin esperanza. América está acostumbrada a vivir de realidades, no de sueños, y la secretaria vivía de la realidad de la protección de aquel Mecenaz que se mostraba con ella lo bastante generoso para hacerla olvidar que quería a otra.

Muchas veces se le burlaba de aquel amor. No conocía a Beatrice Newnes y no sentía celos de ella. Le parecía que una mujer multimillonaria no podría arrebatárle nunca su deliciosa realidad...

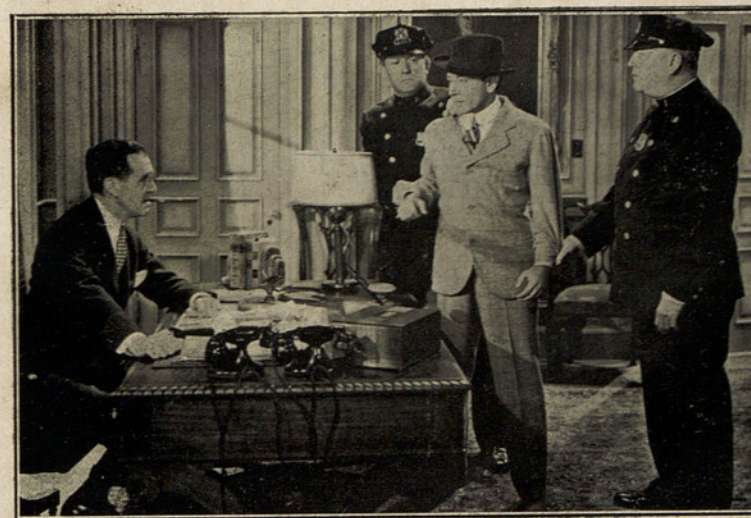
Pero precisamente aquella mañana la señora de Drake, la bellísima y elegantísima Beatrice Newnes, la mujer más rica del mundo, con toda su espléndida arrogancia, se presentó en el despacho de Enrico Scaffa. Y fué la secretaria la que la recibió y la que entró a anunciar al señor Scaffa la visita que tenía.

—Ahí fuera te espera la señora Drake — le dijo, sentándose encima de la mesa, junto al almuerzo que Enrico había empezado a gustar.

—Que pase, que pase — dijo precipitadamente Enrico, limpián-



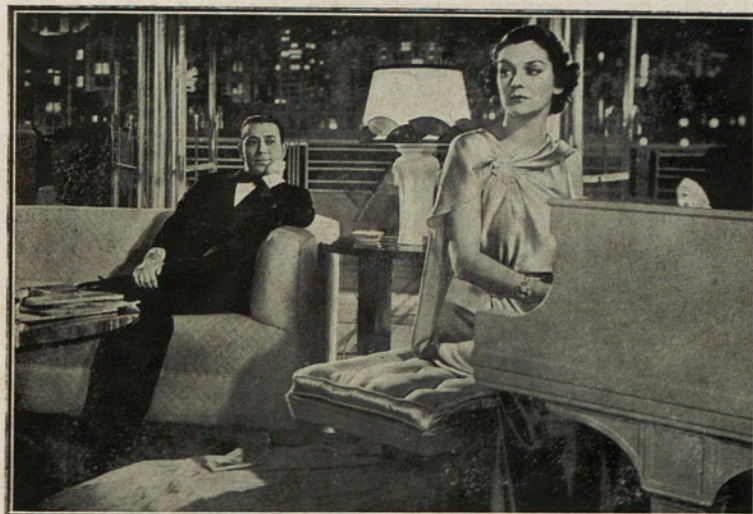
El capataz pensó que le habían recomendado a dos zánganos inútiles.



—¿Era éste el hombre que buscaba?



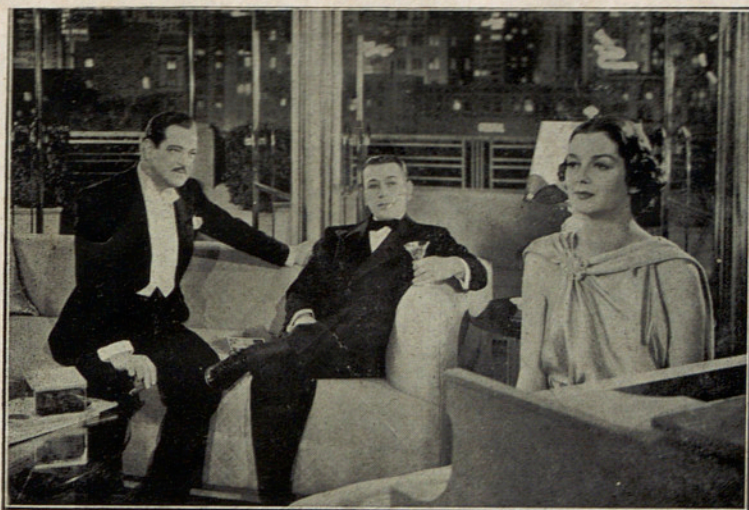
Scaffa se divertía con su secretario particular.



—Toca usted admirablemente. ¿Quiere volver a tocar eso sólo para mí?



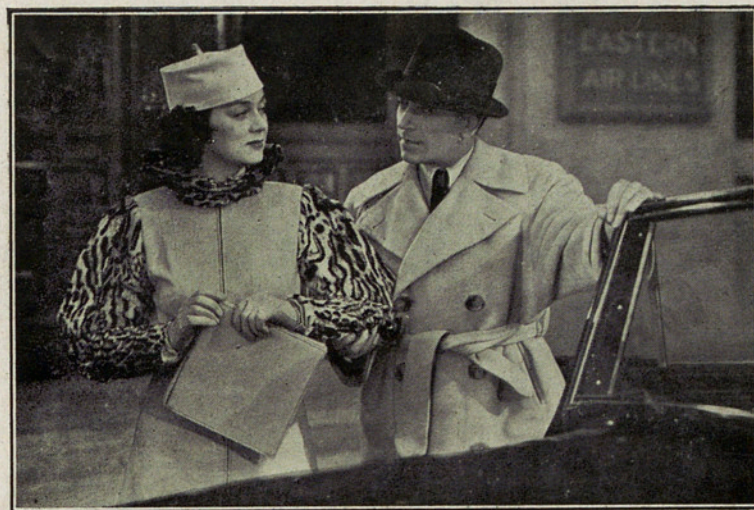
A Enrico le divertía aquella americanita...



—¿Qué es lo que acostumbra hacer un político como usted?  
—le preguntó con aire de reto.



—Mira, nena, si no vas a decir a esa señora que pase, saldré yo.



—¿Ha perdido usted algo, señora?

—Mi auto.

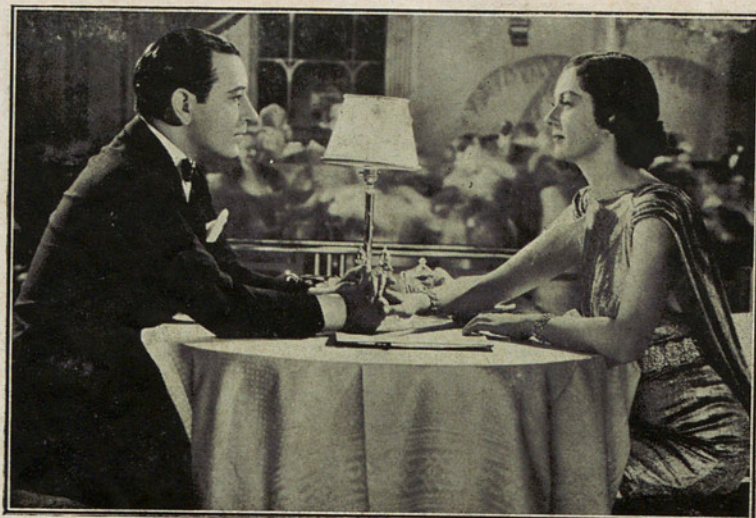
—Yo la llevaré en el mío...



—El arreglo es aportar la cantidad sustraída—le dijo Scaffa.



Se encontró con Beatrice en el hipódromo.



—Es usted la mujer más bonita de la tierra.



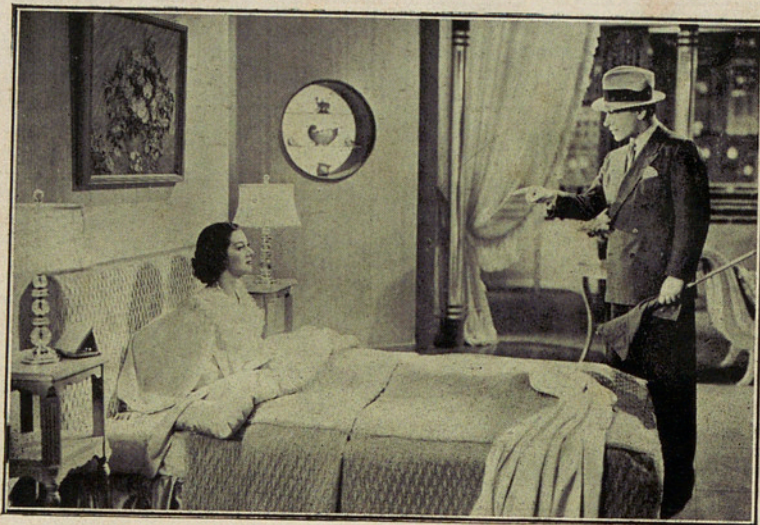
—¡Qué hermosa luna! Pero me parece que hoy hay dos...



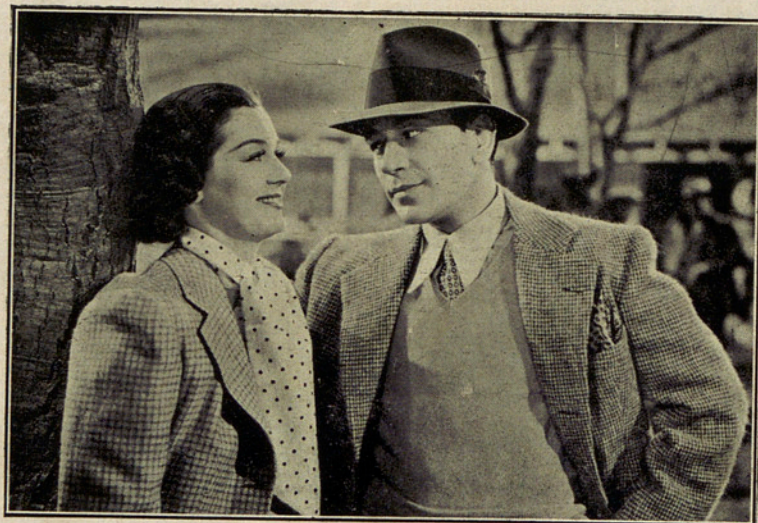
—¡Has complicado mucho mi vida y no me gustan las complicaciones!



—¡Ah!... comprendo, es la señora Drake la que te obliga a ello...



...y entró sin miramientos en su habitación.



—¿Empiezas imponiéndome obligaciones?

## L O Q U I S O E L D E S T I N O

dose los labios y disponiéndose a quitarse de enmedio desayuno y secretaria.

—¡Oh, querido, acaba de comer con tranquilidad!... Ella esperará. No temas que se marche...

—Te he dicho que la hagas pasar. Yusú, llévate esto — ordenó al camarero chino que esperaba a que el señor hubiera terminado.

El criado tomó la bandeja del despacho, pero la secretaria no estaba dispuesta a abandonar su sitio. La belleza de aquella mujer la había alarmado y se ponía en guardia. Ahora quería vengarse de ella, haciéndola esperar; y de él, haciéndole sufrir.

—Mira, nena, si no vas tú a decir a esa señora que pase, saldré yo — le dijo Enrico, comenzando a ponerse nervioso.

—Bueno, hombre, bueno, yo voy a avisarla.

Salió la secretaria, se sentó ante su mesa de trabajo y comenzó a teclear en la máquina, como si no se acordara de la presencia de la señora Drake. A los pocos minutos le dijo, como si de pronto se acordara:

—¡Ah, el señor Scaffa la reci-

birá en cuanto termine de almorzar!

Beatrice hizo un gesto de disgusto. ¡Atreverse a hacerla esperar a ella, que estaba acostumbrada a ser recibida siempre la primera! ¡Aquel sobrevenido estaba hinchado de orgullo, pero ella sabría domarlo y vencerle!

La secretaria disimuló una sonrisa al sorprender aquel gesto y siguió trabajando. Sonó el timbre del teléfono y contestó. Era Enrico, que la amenazaba si no hacía pasar inmediatamente a la bellísima visitante. La secretaria no perdió su aplomo y habló como si hablara a cualquier amigo.

—¡Oh, no he terminado mi trabajo!... Saldré a la hora de almorzar... ¿Te enoja la espera?... Pues en el diario de hoy hay un crucigrama muy interesante; mira si sabes resolverlo.

Colgó el auricular y siguió trabajando. Enrico estaba furioso. Se revolvía en su silla y no sabía qué hacer. Esperó unos momentos y volvió a llamar a su secretaria:

—Si no haces pasar a la señora Drake, te voy a despedir.

—Está bien, señor, ahora mismo daré la orden de despido —

contestó la secretaria, sin inmutarse—. Sí, señor, mándeme...

Beatriz dirigió una mirada interrogadora a la muchacha. Cada vez que sonaba el teléfono, creía que era Scaffa que daba orden de que la introdujera, pero la secretaria no parecía advertir la presencia de aquella dama.

—¿Deseaba ver al señor Scaffa? —le preguntó, como si ya hubiera olvidado el objeto de su visita.

Beatrice hizo un signo afirmativo e iba a ponerse en pie, creyendo que le había llegado el turno, cuando la secretaria, sin levantar los ojos de su trabajo, añadió:

—Tendrá que esperar un poquito todavía.

Volvió a morderse Beatrice los labios con un gesto de coraje y volvió a sonar el teléfono. La secretaria conseguía lo que se había propuesto: fastidiarles a los dos hasta la desesperación.

—¡Aló!... —dijo con un retintín muy sabroso.

—Mira, nena, si no la dices que entre, salgo yo a romperte la cabeza —dijo la voz de Scaffa.

—¡Oh, desde luego, desde luego!... Me encantará asistir a la pe-

lea... Puedes tomar localidad para mí.

Aquello ya era demasiado. Scaffa se levantó furioso, procuró calmarse antes de salir de su despacho y, después de haberse arreglado la corbata, estirado la chaqueta y atusado el pelo, salió, para decir con su más suave cortesía:

—¿Quiere usted hacer el favor de pasar, señora?

Beatrice se puso en pie y se encaminó al despacho de Scaffa, murmurando unas palabras de excusa, mientras Enrico, por detrás de ella, hacía un gesto amenazador a la secretaria, que le miraba con gesto de reproche y de burla.

—Perdone que haya venido a molestarle, pero me interesa mucho el asunto de mi marido y quiero ver si llegamos a un arreglo —dijo Beatrice, aceptando el asiento que Enrico le ofrecía.

—El arreglo es aportar la cantidad que ha sido sustraída de los fondos del Banco.

—¿Y es preciso que se le facilite hoy mismo este dinero?

—Sí. Antes de las cuatro. No hay más remedio, si no quieren que comience el sumario y se descubra

toda la suciedad que hay en esta cuestión.

—El dinero ¿ha de ser en efectivo?

—O en valores de fácil cobro.

—El dinero se lo tengo que dar a...

—A mí; yo soy el único que puede arreglar esto sin que nadie se entere. Lo haré ingresar en el Banco y cuando los inspectores del Gobierno vayan a efectuar el arqueo, lo encontrarán todo en regla.

—¿Y se suspenderá el sumario? —preguntó Beatrice, que no confiaba demasiado en la integridad de aquel hombre.

—Se cumplirá lo que he prometido.

Ahora era la secretaria la que se impacientaba con la espera, sin poder adivinar qué era lo que ellos dos estarían haciendo, encerrados en el despacho de Enrico. Llamó al teléfono y preguntó:

—¿Qué estáis haciendo ahí dentro?

—¿Qué darías por saberlo? —replicó Enrico, colgando el auricular con un golpe seco. Luego se dirigió a Beatrice y le preguntó:

—¿De dónde sacará usted el dinero?

—¿Le importa saberlo? El dinero estará aquí antes de las cuatro.

—Es usted una mujer admirable. ¡Qué suerte tener por esposa a una mujer como usted, capaz de sacar de cualquier apurillo!... —murmuró Enrico, poniendo mucha ironía en sus palabras.

—Es mi marido, y tengo el deber de ayudarlo —replicó Beatrice, recogiendo aquella ironía y sintiéndose herida por ella.

—¿Y dónde está su marido?

—Se marcha en aeroplano esta tarde para Cuba... para evitar preguntas embarazosas.

—No es necesario que se marche. He dado mi palabra de que nada malo ocurrirá si llega el dinero antes de las cuatro.

—Se lo diré a mi marido. Creo que he cumplido con mi deber ayudándole, y ayudando a esas pobres gentes que habían depositado sus pequeños ahorros en el Banco —dijo Beatrice, poniéndose en pie, dispuesta a salir.

—Y yo creo que sus ojos son más bellos que nunca —murmuró Scaffa mirándola apasionadamente.

—También le diré a mi marido que se atreve a galantearme.

—No es galanteo decirle la verdad. ¿Quiere usted cenar conmigo esta noche?

—No creo que le convenga a usted que le vean en público conmigo... Se podría creer que le hemos comprado — replicó Beatrice, saliendo altiva y orgullosa del despacho y dejando a Scaffa más enamorado que nunca. Pero Enrico sabía bien que a una mujer del temple de Beatrice no se la podía vencer con las armas de una pasión romántica, sino que se la tenía que vencer en un terreno más práctico. Además... ¿no había creído ver en aquellos ojos tan bellos, mezclado

al brillo de una estudiada altivez, el brillo de algo que le había llegado muy hondo al corazón? ¿No había visto en aquellos ojos como una chispa de interés, como un relámpago de admiración, como un fuego interno de un amor que comenzara a despertar?

El amor es esperanzado, y Enrico se asió a esta esperanza, confiando también mucho en su audacia y en su buena estrella. Para darse ánimos acarició la bandera roja que le había dado tanta suerte y salió de la oficina decidido a volver a encontrar a Beatrice, ya que el destino le había puesto tres veces ante ella.

\* \* \*

Beatrice fué a hablar con su marido. Lo encontró ya preparado para salir de viaje y quiso retenerle. No era heroica aquella huida, que daría pábulo a la calumnia y

a la difamación. Beatrice creía en las palabras de Scaffa y hubiera deseado detener a Rodman en Nueva York, para que nada pudiera traslucirse de aquel enojoso asun-

to que la había obligado a humillarse ante el emigrante italiano.

—No tienes necesidad de huir de esta manera — le dijo, queriendo vencerle.

—Pues yo creo que, a pesar de lo que diga Scaffa, es conveniente ponerse a salvo. A ti no te gustaría ser la esposa de un presidiario...

—Tampoco me gusta ser la esposa de un cobarde. ¿Qué les diré a nuestras amistades, cuando me pregunten por ese viaje precipitado?

—Cualquier cosa... que he sufrido un ataque de nervios... que me reclamaban negocios urgentes... Lo dejo a tu elección... Tú eres una mujer muy inteligente.

Beatrice se calló. No podría nunca convencer a aquel hombre que se había casado con ella por el dinero y que, no teniendo bastante con sus rentas, se había puesto a malversar los fondos de un banco. Le acompañó hasta el aeródromo, para que nadie pudiera sospechar de la verdad que existía entre ellos dos, y le despidió casi con ternura, con una ternura ficticia, hecha exclusivamente para el público.

Cuando el avión se hubo remontado en el aire, Beatrice salió del

aeródromo y buscó su automóvil, que había quedado en la calle. Pero en lugar de su automóvil se encontró con Enrico Scaffa que, descendiendo de un precioso coche de dos plazas, sombrero en mano, le preguntó:

—¿Ha perdido usted algo, señora?

—Mi auto... Lo dejé aquí.

—Pero yo le despedí... porque voy a llevarla a su casa en el mío —añadió Scaffa, ofreciéndole galantemente el paso.

Beatrice se irguió, pasó ante él con un gesto desdeñoso, llamó a un taxi, se precipitó en él y dejó a Enrico plantado. Pero éste sonrió, subió a su coche y se puso a seguir al taxi tranquilamente, convencido de que el triunfo acabaría siendo para él.

A los pocos kilómetros un guardia motorista se puso a perseguir al taxi y le detuvo. Se entabló una discusión entre el chofer y el guardia. El chofer estaba indignado, porque no llevaba exceso de velocidad y porque la clienta era una señora muy bella, a la que no le gustaba tener que inmiscuir en enojosos asuntos. Mientras estaban con dimes y diretes, se paró a po-

cos pasos de ellos el auto de Scaffa, que saludó sonriendo y preguntó, como admirado:

—¿Otra vez usted, señora Drake?... ¡Qué casualidad!... ¡Nos vamos a encontrar hasta en la sopa!

—Espero que no — contestó secamente Beatrice.

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa? El taxi tardará mucho tiempo, mientras discute con el policía...

—No puedo luchar contra todo el poderío político de la ciudad — replicó Beatrice, bajando del taxi y tomando asiento al lado de Scaffa.

Marcharon en silencio hasta la casa de Beatriz, después de haber dado una vuelta por todos los parques de la ciudad y de haber recorrido los barrios más extremos. Enrico quería agotar la paciencia de Beatrice y hacerla hablar, pero ella se había propuesto permanecer muda durante todo el trayecto. No hubo más remedio que llevarla, por fin, a su casa y despedirse de ella con aquella cortesanía refinada que Enrico sabía adoptar en las grandes ocasiones.

—¿Le ha gustado el viaje? — le preguntó.

—El taxímetro hubiera sido más rápido — replicó ella, sin mirarle.

—¿Acepta usted mi invitación a cenar?

—Jamás... — afirmó Beatrice. Y con menos convencimiento añadió:

—Por lo menos, así lo espero.

—¿Por qué esa negativa tan rotunda?

—Quizá... porque mis ojos son tan azules — le contestó la dama, volviéndole la espalda y entrando en la casa sin volver a mirarle.

Enrico Scaffa estaba seguro de que acabaría doblegando aquel carácter inflexible. Era preciso esperar. Las grandes victorias no se obtienen precipitadamente, sino a fuerza de estrategia y, muchas veces, de diplomacia. Esperaría y seguiría de cerca todos los pasos de la señora Drake. ¿Por qué no había de convertirse algún día en señora de Scaffa? ¡Si sonaba mucho más bonito! ¡Si Beatrice era un nombre completamente italiano!...

Sabría esperar y sabría vencerla. ¿No tenía aquella banderita roja que era su mascota y su protectora? Enrico fué a su despacho a buscar ánimo en el trapo viejo y sucio que era la banderola de peligro de la brigada de obras públi-

cas en que había trabajado y se sintió más confortado después que hubo tenido con la tal bandera un largo coloquio.

Dos días más tarde se encontró con Beatrice en el hipódromo. Sabía Enrico que Beatrice era muy aficionada a las carreras y que tenía un caballo de su propiedad que presentaba como el mejor corredor. Scaffa encontró muy fácil presentar él, a su vez, otro caballo que había de competir con el de la señora Drake. No es que le importaran demasiado las carreras; pero le importaba mucho poder encontrarse otra vez y tener materia de discusión con la altiva dama en los ojos de la cual había creído adivinar un fondo de interés.

Se encontraron en los establos, donde los caballos estaban sometidos a la más estricta vigilancia y donde los propietarios podían ir a ver a sus favoritos. Enrico, después de hablar con el jockey que montaría su caballo, se acercó a Beatrice y la saludó como si fuera una antigua amistad y el encuentro hubiera sido completamente casual:

—¿Por casualidad, me está usted persiguiendo? — le preguntó Beatrice mirándole con aquellos

grandes ojazos que le trastornaban.

—Por casualidad, no; he venido a visitar a mi caballo, como usted ha venido a visitar al suyo; el encuentro tenía que ser forzoso, ¿no le parece?

—Lady Ann triunfará en las carreras. No comprendo cómo puede haber adversarios lo bastante osados para competir con mi Lady Ann.

—Tengo la más absoluta convicción de que el ganador será White Wing, mi favorito.

—¡Bah... pesa quince libras más que el mío; no es posible que gane!

—¿Y si ganaba?

—Lo sentiría por Lady Ann, que no ha sido derrotado nunca, hasta ahora.

—¿Podríamos hacer una apuesta? — sugirió Enrico, divertido con el juego.

—Apostemos.

—Pero no apostemos dinero... ¡oh, no, dinero no, es demasiado vulgar! Apostemos algo que sea sumamente interesante para los dos... Apuesto que acepte mi invitación a cenar.

—Acepto... contra el que no me vuelva a invitar jamás, si pierde.

El pacto estaba hecho. Se separaron y salieron a los palcos del hipódromo, donde ya la muchedumbre se congregaba para presenciar las carreras. Se hacían crecidas apuestas. Se hablaba mucho de los dos principales competidores: Lady Ann y White Wing. Una tensión nerviosa tenía sobreexcitado a todo el público cuando se dió la señal de partida.

—White Wing — gritó Enrico, a fin de que le oyera Beatrice, que estaba en el palco vecino—, no me hagas quedar mal.

—Estoy completamente segura de que el triunfo es de Lady Ann — replicó Beatrice, mirando a través de los prismáticos el galope tendido de los caballos.

En las primeras vueltas White Wing llevaba ventaja sobre Lady Ann. Beatrice se mordía los labios de rabia y animaba a su caballo, como si su caballo pudiera comprender sus gestos y comprender su inquietud. Luego fueron un rato parejos White Wing y Lady Ann y por último tomó el caballo de la señora Drake la delantera y llegó triunfalmente a la meta entre los vítores y aplausos de los que por ella habían apostado.

Beatrice se quedó desalentada. En el fondo de su alma había seguido la carrera con la ambición de que ganara White Wing para poder cenar con Scaffa, sin darse por vencida, sólo para cumplir con el compromiso de una apuesta. Ahora aquella esperanza se desvanecía y Beatrice comprendía que no se había jugado únicamente una cena, sino que acaso se había jugado en vano la felicidad de su vida.

Enrico se puso en pie, saludó muy galantemente a su bellísima vecina y le dijo, mirándola fijamente, con una intensa mirada de ternura:

—Tendré que cenar con mi caballo...

Beatrice ni le respondió ni correspondió a su mirada. Salió del hipódromo, se metió en su auto precipitadamente y partió hacia su casa contrariada y mohina.

Contrariado también, hondamente contrariado, salió Scaffa del hipódromo. Había esperado que White Wing ganara y le diera la ocasión de cenar a solas con aquella encantadora mujer, a la que amaba locamente, apasionadamente, aunque tenía un perfecto control de sus sentimientos y a ella sólo le

había mostrado una galantería asidua, nunca una loca pasión, por temor a caer en el más espantoso de los ridículos. Se encerró en su casa y dejó que pasaran las horas. No sentía la necesidad de cenar, ni le seducía la idea de cenar solo después de haber estado soñando toda la tarde con una posible cena a dos, frente a frente con la mujer de sus sueños.

Giuseppe llegó a sacarle de sus cavilaciones. Venía furioso porque no había ganado el caballo de su amigo y hablaba precipitadamente, con aquella facilidad de palabra y aquella gesticulación que denotaban en él inmediatamente al hijo del Sur, al hombre del país latino por excelencia. Giuseppe no había logrado americanizarse en absoluto. Sólo su ropa tenía aire norteamericano, pero toda su persona emanaba el aire característico de las gentes ardientes de su raza.

—White Wing me costó todo mi dinero... — exclamó dirigiéndose a Enrico, que estaba profundamente preocupado, pensando en su bella—. ¡Todo el dinero que me guardaba para comprarme un automóvil!... Me lo has hecho perder todo, todo, y ha sido por esa manía

mía de creer en tu buena suerte. ¿Por qué no has llevado a las carreras tu banderita roja? Si la hubieras llevado, no hubieras perdido. ¡Y yo tendría mi dinero!

—¡Y yo mi gran oportunidad! —suspiró Enrico, dirigiendo a su amigo una mirada melancólica.

—¿Qué te ha pasado? Has dicho eso en un tono que me sobresalta.

—Tú no podrías comprender, Giuseppe... Mira, lo mejor que puedes hacer es irte a ver dónde hay un buen juego de dados, donde podamos beber y olvidar — dijo Enrico, que había comenzado a pasearse a lo largo de la habitación.

—¿Juego has dicho? Dentro de diez minutos estoy de vuelta, después de averiguar dónde hay un juego bueno... en el que podamos ganar siempre. ¡Tengo que recuperar el dinero perdido! Si encuentro jugadores que se dejen desplumar con facilidad, en una noche puedo ganar para mi automóvil... ¡Oh, no vayas a creer que quiero un Rolls-Royce... no, me contento con un pequeño Ford de cuarta o quinta mano! ¡Hasta ahora mismo, *mio caro*! ¡Y no pongas esa cara de vinagre, que no te sienta!

Salió Giuseppe y Enrico siguió

paseando, caviloso y preocupado. Ahora le sería más difícil poder hablar con su amada desdeñosa, porque una apuesta de juego era cosa sagrada y Enrico conocía bien las reglas de la caballeridad. Pensaba en lo deliciosa que hubiera sido la velada al lado de la señora Drake y en lo triste que le estaba resultando la soledad de su habitación de soltero. El timbre del teléfono le hizo sentarse ante la mesa escritorio y fijar su atención en otra cosa que no eran sus propios pensamientos. En el primer instante pensó que acaso fuera ella... Pero ¡qué locura! Beatrice no era una mujer para rebajarse hasta el punto de llamarle por teléfono.

—¡Aló! — dijo con desgana, molesto de tener que interrumpir el curso de sus ideas.

—¡Hola, bandido! — murmuró la voz alegre de su secretaria—. ¡Has dejado que me robaran en las carreras todo mi dinero! Había apostado mis ahorros a White Wing y tú le has dejado perder sólo para que ganara el caballo de la señora Drake. He perdido en el juego los cincuenta dólares que aposté a tu caballo.

—No te apures, chiquita — re-

plicó Enrico hablándola con cariño—, no te apures, porque yo he apostado doscientos cincuenta a Lady Ann en tu nombre, y los has ganado duplicados. ¿Estás contenta?

—¡Contentísima!... Pero ¿cuándo vendrás a trabajar? Esta oficina está muy sola sin ti.

—Creo que voy a tomarme una semana de vacaciones...

Se quedó en suspenso, con el auricular en la mano, mirando con asombro frente a él, como si contemplara la más inesperada y la más bella de las visiones.

—¿No está todavía listo? — le preguntó Beatrice con naturalidad, mirándole como a un amigo, de puesta su actitud orgullosa y su altivez despreciativa.

Enrico no sabía qué contestar... Era tan inesperada, tan insólita la presencia de aquella mujer en su casa, que no lograba reponerse de su asombro.

—¿No íbamos a cenar juntos esta noche? — volvió a preguntar la dama, apremiándole—. ¿Cómo se atreve a recibirme en bata y zapatillas?

Enrico se puso en pie, se inclinó respetuosamente y fué a ella,

estrechándole la mano en silencio, porque parecía que la voz había huído para siempre de su garganta.

—Usted perdió la apuesta, no es eso? Usted está obligado a no invitarme, porque ésta era la condición. ¿Pero es que acaso no le puedo invitar yo a cenar conmigo? Supongo que me permitirá usted sentarme, ¿no? — aadió, viendo que Scaffa no salía de su mutismo—. Termine usted su conversación telefónica...

Enrico cogió de nuevo el auricular, y dijo sencillamente:

—Hasta luego.

—Lo he oído todo, todo, todo... Eres un sinvergüenza... — le dijo la secretaria desde el otro extremo del hilo.

Pero a Enrico no podía importarle ya lo que su secretaria pudiera pensar de él, puesto que tenía ante él a la única mujer a la que amaba sinceramente.

—En un instante estoy vestido. ¿Quiere esperarme un momento? — dijo, habiendo recobrado ya el uso de la palabra y corriendo a su vestidor, mientras comenzaba a quitarse la bata.

—Dese prisa. Le concedo dos mi-

nutos justos. Si no ha terminado en ese tiempo, me voy yo sola. He reservado una mesa en el Evergreen. Creo que pasaremos una velada deliciosa.

Antes de los dos minutos estaba Enrico de nuevo ante ella, abrochándose el cuello, poniéndose los puños y atándose la corbata mientras comenzaba a bajar la escalera. Se le hacía tarde el momento de sentirse completamente a solas con aquella mujer, a solas entre la multitud del restaurante más popular entre la aristocracia de la ciudad.

Fueron el blanco de todas las miradas desde el momento en que tomaron asiento frente a la mesa que les tenían reservada. Beatrice estaba contenta de sentirse admirada por todos y contenta de que Enrico se diera cuenta de ello. Así la amaría más.

Cuando el camarero se acercó, carnet en mano, para anotar lo que los señores pidieran, Beatrice dijo:

—La cena está ya ordenada; pero quiero que nos traigan seis botellas de champaña Lauson, 1926.

Enrico parpadeó al oír aquello. ¡Seis botellas de champaña!... ¿Pa-

ra qué querría beber tanto aquella mujer? La miró estupefacto y le dijo:

—Es usted la mujer más bonita de la tierra.

—Y usted el hombre más popular. ¿No ve cómo despierta la admiración entre todos los concurrentes?

—Creo que la admiración la despierta usted. Y que le va a ser muy favorable que la vean en mi compañía. A mí, muchos me temen y otros me odian. Saben que tengo poder en el Gobierno y que puedo hacerles todo el mal que se me antoje, si se me antoja. Lo que no saben es que no quiero mal a nadie, y que lo único que me preocupa es hacer justicia.

—Bebamos — dijo Beatrice, cuando el camarero hubo llenado las copas.

Brindaron, sin decirse nada, mirándose a los ojos, en un mudo brindis de felicidad, y bebieron... Bebieron, y volvieron a beber, y bebieron de nuevo. Se fueron animando con las múltiples libaciones y, terminada la cena, cuando fueron a salir del restaurante, tuvieron que apoyarse uno en el brazo del otro, para no caer.

Salieron a la calle. La noche estaba clara y serena, invitando al paseo romántico a la luz de la luna, a la soledad y a la quietud excelsa de aquella hora incomparable. Beatrice miró al cielo y dijo:

—¡Qué hermosa luna!... ¡Pero me parece que hoy hay dos!... — añadió soltando una risa argentina.

Enrico la estrechó más fuertemente entre los brazos y la arrastró suavemente hasta el automóvil. Nunca se había sentido tan dichoso como en aquellos momentos. La tenía a ella, toda suya, rendida por la alegría contagiosa que le había dado el champaña. Hubiera podido conducirla hasta su propia casa y hubiera podido arrastrarla fácilmente a una hora de locura, pero Enrico era demasiado caballero para cometer aquella canallada, y prefirió pasear románticamente, hasta que el aire de la noche refrescara un poco los cerebros exaltados por el exceso de champaña.

Cuando la vio más tranquila, cuando comprendió que podían hablar y podían entenderse sin falsos agentes que hicieran de aquella conversación un peligro, Enrico le preguntó:

—¿Por qué ha pedido seis botellas de champaña?

—Para dejarle que me hiciera el amor — replicó ella con sencillez—. Sin el champaña no te hubieras atrevido a tomarme en tus brazos, ni estaríamos ahora en esta deliciosa soledad de dos en compañía... Las tradiciones de familia, los prejuicios sociales, todas esas preocupaciones que forman la base de la existencia, no son fáciles de olvidar cuando se quiere dejar el camino trillado de las conveniencias... Están siempre presentes, y esta noche quería yo alejarlos por completo, porque no me hacían ninguna falta... Quería saber si en realidad me amabas tanto como yo me imaginaba.

—Te amo más de lo que te imaginas. No hay medida para un amor como el mío. Te amo desde el primer día en que te vi en el vapor, antes de poner pie en tierra... Sabía que todo nos separaba, que entre tú y yo había un abismo... pero desde entonces todo mi anhelo fué salvar aquel abismo, arriesgarlo todo para poder encontrarme a tu misma altura, luchar denodadamente hasta dar el salto... Todo lo que he hecho lo he hecho por ti... Si

ahora me permites darte un beso, me sentiré pagado de todos mis sacrificios...

Beatrice le ofreció los labios y Enrico los tomó con un amoroso respeto. La quería tanto que le parecía una cosa demasiado sagrada para él. La besó con dulzura y con pasión y en el mismo tono respondió Beatrice a aquel beso.

Estaban en la habitación de la dama, hasta donde la había acompañado Enrico por el ansia de separarse de ella lo más tarde posible. Beatrice se había tendido en el diván. Estaba bellísima envuelta en la semipenumbra de la habitación, con los ojos entornados, y en el rostro el reflejo de la íntima alegría de su alma.

—He pasado la velada más bella de toda mi vida — murmuró.

Enrico se acercó y la besó en la frente.

—Te dejo — la dijo con amor; —quiero recordarte siempre así, hermosa y pura, como imagen sagrada inalcanzable. Quiero recordarte siempre como en este momento en que puedo creer que me amas... ¡Mañana quizás ya no te acordarás de mí!

—Tú serás el que me olvides...

Los sueños se desvanecen cuando uno quiere darles realidad...

—¡Jamás podré olvidarte! — afirmó Enrico, volviendo a besarla nuevamente y alejándose de la habitación de puntitas, como si temiera que el encanto sublime de

aquel momento fuera a romperse para siempre.

Beatrice se quedó sola, con una sonrisa de dicha en los labios, con los ojos entornados para mejor ver lo que pasaba en su alma, la maravillosa transformación de su espíritu.

\*\*\*

Rodman Drake había recibido un cablegrama firmado por Scaffa en el que se le decía que, arreglado por completo el asunto del Banco, podía volver sin temor a Nueva York. Rodman sabía que su esposa había dado los cuatro millones de dólares para cubrir el desfaldo, y creyó en las palabras de Scaffa, que eran para él la salvación.

Volvió a Nueva York en avión. Pensó que cuanto más breve fuera su ausencia, tanto más fácil sería explicarla. Un viaje rápido a Cuba no tiene ninguna importancia:

los negocios, la visita a un amigo, una semana de vacaciones y de descanso... cualquier cosa era verosímil para los amigos que interrogarían con curiosidad. Volvió contento de haber dado fin a aquel enojoso asunto y llegó a su casa precisamente en la misma hora en que Scaffa había salido de ella dejando a Beatrice en el más feliz de los sueños: en el sueño de un amor verdadero.

Sin hacerse anunciar entró en la habitación de su mujer. Beatrice tuvo un sobresalto y miró a su marido con disgusto.

—El prófugo ha regresado... — murmuró desdeñosamente—. Podías haber avisado tu regreso...

—Quise sorprenderte...

—¿Por qué has vuelto tan pronto?

—Porque Scaffa me telegrafió diciéndome que todo estaba resuelto favorablemente para mí.

Beatrice no respondió. No se explicaba la prisa de Enrico en hacer volver a su marido a Nueva York, ahora que habían comenzado ellos un bellissimo idilio. Beatrice no podía comprender que aquello era un rasgo más de la caballería de Scaffa, que no quería aprovecharse de la ausencia de Drake para robarle a su mujer. Si Beatriz quería ser suya, tenía que ganarse la batalla en buena lid, y para ello era preciso que el marido estuviera presente, que fuera ella la que hablara de divorcio y que las cosas se arreglaran en el terreno legal. No quería Enrico tener una mancha sobre su conciencia, que no hubiera podido perdonarse nunca. Quería demasiado a Beatrice para hacerla su amante del momento. La quería para que fuera su mujer.

Drake, viendo que su mujer no estaba dispuesta a conversar con él,

le dijo, para romper el silencio en que habían quedado:

—Lady Ann ganó las carreras, ¿no es verdad?

—Sí, creo que sí—replicó ella, distraída.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha ocurrido algo malo? — le preguntó Rodman, mirándola atento.

—No... no esperaba tu regreso.

—¿Y no quieres celebrar el regreso del trotamundos? — preguntó de nuevo Rodman, intentando abrazar a su mujer.

—No estoy de humor... déjame.

—¿No estás contenta de verme?

—¡Psssh!... — musitó Beatrice, alejándose unos pasos y mirándose al espejo para no tener que mirar a su marido.

—¿No estás contenta?

—Pues bien, no, no estoy contenta. No te esperaba. Hubiera preferido un aviso previo. No estoy contenta; pero supongo que esto te tiene a ti muy sin cuidado.

—¡Mujer!...

—¡Hombre!... Te casaste conmigo por el dinero y te he dado más del que te mereces... Ahora ya no te quiero... Supongo que esto tampoco te afectará mucho... ahora quiero a otro — confesó la

dama valientemente, segura de que la noticia no había de impresionar a Drake.

—¿Quieres a otro?... ¿Pero es que acaso me has querido a mí alguna vez?

—No lo sé; pero me casé contigo y ahora quiero divorciarme...

—¡Ah... ah! ¿Es que el... otro te ha pedido que te cases con él?

—Todavía no; pero soy yo la que le va a pedir que se case conmigo, porque le quiero.

—¿Y quién es ese afortunado rival?

—¿Te interesa saberlo?

—Siempre interesa tener nuevas amistades.

—Le conoces ya, y no sé si te interesa mucho...

—¿Le conozco?... ¿Quién es?... ¿Porque supongo que no querrás jugar a adivinanzas?...

—No. Es Enrico Scaffa.

—¡Scaffa! — exclamó Rodman asombrado—. ¡Scaffa!... ¿Pero no te das cuenta de que ése sólo quiere tu fortuna?

—¿No fué lo que tú viniste a buscar también?

—Pero es distinto.

—Es distinto, sí, porque de ti no estaba enamorada y Enrico Scaf-

fa ha sabido apoderarse de mi corazón.

—¡Romántica a estas alturas! — rió Rodman, no queriendo creer lo que su mujer le decía.

—Romántica, sí... es lo único que no he probado hasta ahora y lo único que con mi fortuna no se puede comprar... Enrico ha sabido volverme romántica y no le pagaré con todo mi dinero el bien tan grande que me ha hecho. Me ha enseñado a querer. ¿Tú has querido alguna vez? ¡Oh, no sabes lo bonito que es querer de veras a un hombre!

Rodman miraba a su mujer extrañado, temiendo que le hubiera dado un ataque de locura. Beatrice no le había hablado nunca de amor. Se habían casado, él por el dinero de ella, ella para gozar de la influencia de él, pero para nada había intervenido el amor en aquella boda. Beatrice era una muchacha muy serena, que no se dejaba influenciar nunca por agentes sentimentales. Iba derecha a su camino. ¿Qué le había pasado ahora? ¿Estaba loca, o se había enamorado de veras, que ya es una faceta de locura? A Rodman no le convenía un rompimiento con su mu-

jer en aquellas circunstancias. Estaba sin dinero y con el peligro de que surgiera aún aquel temido asunto del Banco, porque no podía tener la seguridad absoluta de que Scaffa lo hubiera solucionado todo favorablemente. Se acercó a su mujer, la miró con fijeza y comprendió que Beatrice estaba enamorada, hondamente enamorada. Entonces optó por hablarle al corazón directamente, porque un corazón enamorado es más fácil de convencer que uno que no ha conocido nunca el amor.

—Beatrice, amiga mía — le dijo —, tú no comprendes lo que en estos momentos representaría para mí el escándalo de un divorcio... Sería mi ruina total... Si pudieras esperar... Ya sé que nuestro casamiento fué un fracaso y una equivocación... ya sé que no me has querido nunca... y que ahora me desprecias... Pero yo te ruego que tengas un poco de paciencia, que esperes, que me dejes salir del atolladero en que me encuentro metido... ¡Me haces ahora tanta falta!... No puedes dejarme en estos momentos, Beatrice... Si él te quiere, sabrá esperar... Y tú no llevarás sobre tu conciencia el peso de ha-

ber causado mi ruina... ¿Querrás esperar?

—Mañana hablaremos... Necesito pensarlo... necesito calma... Buenas noches — dijo Beatrice, encerrándose en su alcoba y meditando profundamente en aquellas palabras que le había dicho su marido.

La meditación le trajo la calma, la comprensión y el anhelo de sacrificio. Comprendía que no debía abandonar a Rodman en el momento más peligroso para él y que, habiéndole aceptado por marido, aunque el amor no interviniera en absoluto en aquella aceptación, debía ayudarle y ampararle hasta que las circunstancias adversas hubieran desaparecido totalmente. Dejarle en la desgracia era un crimen; separarse de él cuando todo estuviera arreglado, era la conducta noble que había de seguir una mujer como ella. Sabría esperar, aunque tuviera que costarle un enorme sacrificio.

A la mañana siguiente se encontró con Enrico Scaffa en las cuerdas del hipódromo. Los dos habían ido a visitar a sus favoritos; los dos habían ido con la secreta esperanza de encontrarse; él, con la ilusión de reanudar con Beatri-

ce el dulce coloquio de la noche anterior; ella, con la firme resolución de desengañar a Enrico y de aplazar indefinidamente la culminación de su idilio.

Enrico, desde el primer instante, notó el cambio notable operado en el ánimo de Beatrice, que no sabía a qué atribuirlo.

—¿Qué tienes? — le preguntó, mirándola con ansia.

—Has complicado mucho mi vida y no me gustan las complicaciones —replicó Beatrice, queriendo adoptar un tono despreocupado. — Después de todo, lo de anoche no tuvo importancia... Todo fué debido al champaña...

Enrico la cogió por un brazo y la miró profundamente a los ojos.

—¡Es mentira, Beatrice, es mentira!... Sabes de sobra que no fué el champaña, que es el amor el que nos empuja uno hacia otro.

Beatrice bajó los ojos y murmuró lentamente.

—Sí, lo sé... pero las cosas han cambiado mucho desde ayer... Mi marido ha vuelto y está atravesando una época difícil... No puedo dejar a Rodman en estas circunstancias. No tiene a nadie en el mundo más que a mí. Si ahora me

divorcio de él, confirmo con mi actitud la sospecha de todos... porque a nadie se le ha escapado que hay un escabroso asunto en toda esa cuestión del Banco... Rodman en estos momentos está abatido, vencido, humillado... No sería noble abandonarle.

—Tienes razón — replicó Enrico, comprendiendo la sinceridad de las palabras de su amada—. No se debe abusar de un hombre cuando está en desgracia.

—Separémonos sin rencor... No debemos vernos mientras no se solucione el conflicto... Hemos de tener valor para renunciar a nuestro ideal momentáneamente... No pienses mal de mí... — dijo Beatrice, conteniendo sus lágrimas y estrechando con fervor la mano de su amigo.

Scaffa no pudo responder. Besó con fervor la mano que tenía entre las suyas y que estaba helada por la emoción de la despedida y dejó que Beatrice se marchara sin retenerla, sin decirle una palabra de consuelo, sin alentarla a esperar, sin que nada exteriorizara el gran dolor moral que estaba sufriendo. Le parecía que el sol se había apa-

gado y que el mundo se había sumido en la más espantosa de las oscuridades. Y el terror le había puesto su garra en la garganta, im-

pidiéndola hablar, impidiéndole sollozar como tanto hubiera deseado para desahogar el dolor de su corazón.

\* \* \*

Los enemigos de Enrico Scaffa, los que estaban envidiosos de su encumbramiento, los que deseaban hundirle para siempre, urdieron contra él una repugnante trama. Conocedores del desfalco producido en la sucursal del Banco de Laversiones del Hudson y conocedores también de la amistad de Scaffa con la señora Drake, pensaron que sería fácil demostrar que los cuatro millones que ésta le había entregado para liquidar la cuestión que ponía en peligro a su marido, no habían ingresado en las cajas del Banco. Claro está que necesitaban alguna prueba en que fundarse y, sobre todo, necesitaban el testimonio de Drake de que había comprado a Scaffa su silencio acer-

ca del asunto del desfalco. Decididos a llevar a cabo su empresa de difamación y de calumnia, fueron a visitar a Rodman Drake.

—Venimos de parte del Procurador del Distrito — le dijeron—, para tratar con usted de un asunto muy importante.

—Ustedes dirán.

—Es un asunto confidencial y quisiéramos tener la seguridad de que nadie puede escucharnos.

—Nadie nos oye — replicó Rodman, cerrando cuidadosamente la puerta de su despacho, en donde había recibido a aquellos dos hombres, de los que sospechó en seguida cuáles eran los planes que allí les llevaban.

—Está bien... Necesitamos saber

si es verdad que dió usted una cantidad a Scaffa para que quedara en silencio la cuestión del desfalco del Banco.

—Esta es una pregunta muy personal, a la que no me creo obligado a contestar.

—Si no nos informa a nosotros, tendrá que informar usted al Juzgado. Se va a instruir sumario para la purificación de los hechos y tendrá usted que declarar la verdad. Si nos contesta ahora a nuestras preguntas, acaso podamos poner en claro quién es el verdadero estafador, antes de que el Tribunal le acuse a usted directamente.

Drake miró a aquellos hombres y comprendió de quién hablaban. También a él le gustaría poder hundir a aquel hombre que le había desenmascarado y que, además, le quería robar a su mujer.

—¿Qué es lo que desean saber?

—Si es cierto que entregó usted a Scaffa una fuerte suma para comprar su silencio.

—Le entregué la suma para evitar que me denunciara y tener que comparecer ante los Tribunales.

—Lo cierto es que le entregó usted una suma y que aceptó su ayuda.

—Acepté su ayuda como funcionario público... Eso no tiene nada de particular — afirmó Rodman Drake.

—¿Cuánto le dió usted?

—Cuatro millones de dólares.

—¿Le gustaría que le devolvieran parte de esa cantidad... mientras su enemigo ingresaba en la cárcel?—le preguntaron.

—No puede devolverme ese dinero porque lo ingresó en el Banco a fin de que no pudiera ser comprobado el desfalco que aparecía en los libros.

—Eso es lo que usted cree... Pero ¿está seguro de que el dinero ingresó en el Banco? ¿Tiene algún documento que pruebe la autenticidad de esa operación?

—No tengo documento ninguno.

—¿No le firmó Scaffa algún recibo de la cantidad que se le entregaba?

—No.

—¿No tiene usted ningún papel que hable de esa operación llevada a cabo por ustedes dos?

—Lo único que tengo es el cablegrama que me mandó a Cuba diciendo que todo estaba solucionado y que podía volver.

—Está bien... Será una prueba

importante... Denos el cablegrama y deje el asunto en nuestras manos. Queremos desenmascarar al ladrón y desembarazarnos de un poderoso enemigo. No dudamos que usted secundará nuestros planes, porque también está usted interesado en poner en claro este asunto...

Rodman Drake entregó a aquellos dos hombres el cablegrama y les vió alejarse con la sonrisa en los labios. Se creía ya salvado y, no solamente salvado, sino vengado de aquel hombre al que había temido y al que odiaba profundamente. Le había querido acusar de ladrón y ahora resultaba que el ladrón era él... ¿Cómo se reiría de su esposa cuando ésta volviera a casa!... ¿Cómo le echaría en cara el haberse enamorado de un ladrón, de un bandido, de un estafador!... Se rió a carcajadas de aquella idea que le había devuelto como por encanto su optimismo y riéndose así le sorprendió Beatrice que acababa de hablar con Enrico en las cuerdas del hipódromo y que acababa de despedirse de él acaso para siempre, sólo para no dejar en el momento de la tristeza a aquel hombre que ahora se reía como si fuera el ser más dichoso de la tierra.

—¿De qué te ríes? ¿Qué te pasa?—le preguntó Beatrice con acritud.

—¡Valiente ladrón escogiste por esposo!... ¡Valiente ladrón!...

—Si tú mismo te llamas así...—murmuró Beatrice, asintiendo.

—No, no, si no se trata de mí... se trata del otro... de ese Scaffa del que estás tan enamorada...

—¿De Scaffa?

—Sí. No depositó el dinero en el Banco... ni un solo centavo... se lo quedó todo para él, para poder hacer el amor y estar a la altura de tu fortuna... con tu mismo dinero. ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Qué listo ha sido ese italiano del demonio!... Tengo que comparecer ante el jurado y declararé de modo que ese bandido quede desenmascarado para siempre... ¡Haré que le lleven a presidio, como quería llevarme él a mí!...

—¿Y te parece una manera muy digna de demostrar tu gratitud al hombre que te salvó a ti del presidio?

—¡A mí qué me importa la gratitud, si puedo hundirle para siempre y deshacerme de él! ¡Ahora ya puedes seguirle!... ¡Será muy romántico ser la mujer de un presi-

diario!... ¡Por mí ya puedes seguirle, porque no me haces maldita la falta! Me devolverán esos cuatro millones y me casaré con otra mujercita que sea más cariñosa que tú...

Beatrice se mordió los labios, no replicó palabra y salió otra vez a la calle para huir de la visión de aquel hombre que le repugnaba, de aquel hombre al que quería amparar y que ahora se revolvía contra ella como una fiera puesta en libertad.

Dejándose llevar de su impulso amoroso, Beatrice corrió a casa de Enrico Scaffa y entró en su despacho precipitadamente, diciéndole:

—He cambiado de modo de parecer respecto a Rodman. No merece ni compasión, ni simpatía... Enrico, necesito que tú me digas la verdad, toda la verdad... ¿Depositaste el dinero que te di en las cajas del Banco?

—Deposité la cantidad hasta el último céntimo.

—Pues... no sé qué pasa... pero es lo cierto que el procurador del distrito realiza una investigación en este asunto y que mi marido está seguro de que te llevarán a presi-

dio. El dice que el dinero te lo has quedado tú.

—No le hagas caso, nena, no me he quedado jamás con el dinero de nadie.

—¡Lo sabía! — exclamó triunfalmente Beatrice, dejándose estrechar en brazos de Enrico.

—¡Y yo sabía que tú volverías a mí, que me quieres, que ya no podrás vivir lejos de mi cariño!

—Es verdad, Enrico, te quiero... ¿Te quieres casar conmigo todavía, o ya has cambiado de modo de pensar?

—Nos casaremos mañana mismo—replicó Enrico al que se le tardaba el momento de hacer suya a aquella mujer.

—¿Mañana?—rió ella, feliz del arretrato del amado—. ¿No te parece que antes debería divorciarme?...

—Es verdad... Me había olvidado de este pequeño detalle. Alquilaré un aeroplano y te marcharás a Reno en seguida a tramitar tu divorcio.

Beatrice se sentó en las rodillas de Enrico y los dos comenzaron a hacer proyectos para el porvenir...

Entretanto, cuando más ajeno estaba Enrico Scaffa de las maqui-

naciones que contra él se tramaban, sus enemigos habían activado la calumnia contra él formulada, y el procurador del distrito había dado orden de que se llevaran ante el juez todos los papeles y documentación existentes en el archivo de la oficina de Scaffa.

Los hombres encargados de aquella comisión eran hombres fuertes, avezados al trabajo, dedicados a lanzamientos, investigaciones, registros, etc., a todas esas tareas de difícil ejecución.

Llegaron al despacho de Scaffa con aires de matones, decididos a llevárselo todo aunque tuvieran que luchar bravamente y cuerpo a cuerpo con el acusado.

—¿El señor Scaffa?—preguntó el más alto y fuerte de todos ellos, dirigiéndose a la secretaria que estaba bien lejos de imaginar lo que allí iba a ocurrir.

—El señor Scaffa no volverá hasta la semana próxima—replicó la muchacha con la amabilidad de quien está acostumbrado a tratar con numeroso público.

—Mejor. Así trabajaremos con más libertad. ¿Es éste el archivo particular de Scaffa? —preguntó, señalando uno de los archivadores.

—A usted ¿qué le importa?—replicó la joven, poniéndose en guardia y salvaguardando con su cuerpo el archivo señalado.

—Tenemos orden de llevarnos todo esto.

—¡Ustedes no pueden llevarse nada!... ¡Son los documentos de la oficina y no saldrán de aquí!—gritó la muchachita, enfurecida contra aquellos hombres.

—Nos lo llevaremos todo y usted no rechistará.

La chica no se amilanó delante de aquel hombrón y le soltó una bofetada que resonó en la habitación y que hizo quedar perplejos a todos. Era más fácil luchar cuerpo a cuerpo con un hombre fuerte que tenérselas que haber con una muchachita bravía y sin miedo.

—Mire que le vamos a dar una paliza, niña...—murmuró el hombre, disponiéndose a cumplir lo que decía.

—¡No me llame niña!—gritó la muchacha, comenzando a luchar contra el hombre a puñetazos, a mordiscos, a puntapiés, con una saña y un entusiasmo que parecía que toda la vida había hecho lo mismo.

Pero tenía que luchar contra cua-

tro hombres, y aquello era superior a sus fuerzas. No pudiendo lograr vencerles, abrió los cajones y esparció toda la documentación por el aire, arrojándola en todas direcciones a fin de que les costara más trabajo reunirla y de que tuvieran que estar unas cuantas semanas ordenándola. ¡No iba a dar ella facilidades para que acusaran a su patrono, con lo que ella quería a Enrico!

El hombretón acabó cogiéndola por la cintura con una sola mano y llevándola al último rincón de la oficina, la retuvo allí aprisionada mientras decía a los otros:

—Cargad con todo, de prisa, antes de que esta fierecilla se me escape.

Los hombres comenzaron a desvalijar la oficina, mientras el hombreón aceptaba sin pestañear los puntapiés y mordiscos que le seguía dando aquella criatura que se defendía con todas sus fuerzas.

Por fin consiguió arrancarse a la mano de aquel hombre que la aprisionaba como si fuera un pajarillo indefenso y corrió al teléfono a avisar a Scaffa.

—Se están llevando todos tus archivos...—le dijo precipitadamente. —Se llevan todos tus papeles... Traen una orden judicial... Sí, sí... uno de ellos está aquí todavía... ¿quieres hablar con él?... ¡Eh, cara de esperpento!—gritó, mirando al hombre y ofreciéndole el auricular—. El amo quiere hablar con usted.

—Tenemos orden judicial y hemos de cumplirla—se limitó a decir el hombre a las preguntas de Enrico, que no podía comprender de qué se le acusaba.

Y luego, dando una mirada desdenosa a la chiquilla que tan bien se había sabido defender, salió tranquilamente de la estancia en donde no había quedado títere con cabeza.

\* \* \*

Enrico conferenció largamente con su abogado. Sabía ya los cargos que se hacían contra él y no tenía medio alguno de justificarse. Hubiera querido poder presentarse ante el tribunal y explicar cómo habían sucedido las cosas. Tendrían que creerle forzosamente, porque la verdad vibraría en su voz y se reflejaría en sus ojos. Pero el abogado le aconsejaba que saliera de la ciudad y que dejara pasar la tormenta si no quería que le llevaran a presidio.

—Es un caso patente de soborno que usted no puede explicar, porque no tiene pruebas — le decía, tratando de convencerle.

—¡Pero no fué soborno!... ¡Usted sabe tan bien como yo para qué quería aquella cantidad!

—Sí, pero no consta en parte alguna que usted la ingresara en el Banco. Y si usted quiere demostrar que la ingresó, tendrá que confe-

sar que falsificó los libros, delito penado seriamente por nuestras leyes... ¿Qué prefiere? ¿Ir a la cárcel o marcharse tranquilamente al Canadá?

—No quiero marcharme, no quiero marcharme... ¿Qué me aconseja?

—Ya le he dicho que sólo quedan dos caminos: o la huida o el presidio. Usted tiene que elegir. Usted confiesa que recibió cuatro millones de Drake, ¿no es cierto?

—Sí, pero no me quedé con el dinero...

—¿Puede explicar qué hizo del dinero? ¿Tiene pruebas irrefutables de que lo ingresó en el Banco?

—Podría explicar... pero tendría que comprometer a personas inocentes...

—Entonces, la única explicación que puede dar es la de falsificación de los libros...

—La única — replicó Enrico, vencido por la argumentación del letrado que giraba siempre sobre lo mismo.

—Pues créame a mí y máchese... Yo haré lo posible por evitar que se hagan cargos contra usted. Alquile un aeroplano en mi nombre y salga hoy mismo para el Canadá.

—Está bien... así lo haré, puesto que es preciso.

Enrico comenzó a arreglar su equipaje, después de haber dado orden a su secretaria para que alquilara un avión y estuviera a punto de remontarse en cuanto él llegara al aeródromo. Le faltaba avisar a Beatrice para que partiera con él. Aun podrían ser dichosos en el Canadá, cuando todo aquel enojoso asunto hubiera terminado. Estaba nervioso y excitado. El equipaje sufría de aquella excitación, porque las cosas se amontonaban sin orden ni concierto en el fondo de los baúles, hacinándose en motón informe.

Había avisado telefónicamente a Beatrice que le precisaba verla en seguida, y esperó con impaciencia su llegada, temiendo que fuera demasiado tarde para la huida.

Cuando Beatrice llegó y vio el desorden que reinaba en la habitación de Enrico, preguntó extrañada:

—¿Qué pasa?

—Nenita, se me acusa de un delito que no he cometido. Tú crees en mí, pero el tribunal no creerá tan fácilmente en mis palabras y no tengo pruebas para atestiguar la veracidad de los hechos. Necesito alejarme momentáneamente de la jurisdicción del tribunal, para no ir a la cárcel.

—¿Y quieres huir?...—preguntó Beatrice, decepcionada.

—No puedo hacer otra cosa. Tengo que marcharme. No tengo pruebas para mostrar mi inocencia... Nos iremos juntos, mi vida... huiremos al Canadá y allí tramitarás tu divorcio y nos casaremos...

—Pero... ¿por qué no te quedas y haces frente a los cargos? Sería más honroso para ti.

—Ya queda mi abogado para hacerles frente. El me defenderá mientras yo estoy a buen recaudo.

—¡Oh!... ¡Estás haciendo lo mismo que hizo mi marido!... ¡Huir!... ¡No tenéis el valor de vuestras acciones!... ¡Sois todos unos cobardes!... ¡Jamás volveré a casarme

con un cobarde!... Tu decisión pone fin a nuestros amores... No puedo amar a un hombre que, por cobardía, no puede hacer frente a una falsa acusación.

—Beatrice... no te vayas... escucha... yo te explicaré...

—¿Qué me vas a explicar?... ¿Que huyes?... ¡Creí que eras un hombre, pero me equivoqué, eres un cobarde, como todos!...

Beatrice salió, erguida la cabeza, altiva, arrogante, con aquella altivez que Enrico ya le conocía y que sabía inquebrantable.

Volvió a sentir Enrico aquella misma sensación de vacío, de oscuridad, de abandono que sintió en el hipódromo el día en que Beatrice le dijo que no quería abandonar a su marido. Otra vez aquella mujer le volvía la espalda. Pero ahora Enrico sabía que de su voluntad dependía el volver a recuperarla, y llamando a su secretaria le dijo:

—No necesito el aeroplano. No me marchó. No quiero huir cobardemente.

—Entonces... ¿qué es lo que piensas hacer?

—Presentarme ante el tribunal y asumir yo mi propia defensa.

Compareceré ante el jurado, les contaré la verdad y, si quieren, podrán acusarme de falsificador, pero siempre tendrán que reconocer que si falsifiqué fué para enmendar un error mucho más negro que el mío, y que en mi falsificación hay un rasgo generoso, noble, honrado...

—¿Tú crees que te harán caso?

—Si ellos no me hacen caso, habrá alguien que estará orgulloso de mi modo de proceder.

—¡Ah, comprendo!... ¡Es la señora de Drake quien te obliga a ello!—replicó le secretaria con un poquito de desdén.

—¡No me obliga!... ¡Soy yo el que quiero demostrarle que soy un hombre, que no soy un cobarde!

—¡Bravo, así me gusta!... A las mujeres no nos gusta la cobardía, es verdad. A mí también me daba coraje que desertaras y no supieras defenderte... Pero a mí no me hubieras hecho caso... ¡No importa! El caso es que te quedas y que eres valiente por una mujer... ¡Hágase el milagro, aunque lo haga el diablo!—exclamó la secretaria que sabía tomarse las cosas con una filosofía optimista.

Enrico no supo apreciar en aquel

momento el entusiasmo de su secretaria, porque estaba demasiado preocupado con sus propios asuntos para poder ocuparse de los sentimientos ajenos. Necesitaba tener claras las ideas y concretar en una sola todas las que bullían en su mente. Necesitaba coordinar bien sus pensamientos para proceder en consecuencia y salir del atolladero en que le había metido un exceso de su buena fe y la maldad de los que le rodeaban y en los que, por un momento, había creído.

A pesar de las órdenes que le había dado su abogado, Enrico Scaffa decidió no dejarse influir por el consejo ajeno y dejarse guiar por sus propios instintos. Tenía la intuición de que iba a salir triunfante y de que podría recuperar el amor de Beatrice si lograba enfrenar con valor la acusación de que era objeto.

Antes de que un exceso de razonamiento le pudiera hacer volver sobre sus propósitos, Scaffa corrió a la sala del tribunal donde se estaba celebrando la vista del proceso y, sin pedir permiso a nadie, sin hacer caso de las protestas de los guardias que custodiaban la entrada, irrumpió en el Tribunal, cau-

sando con su presencia el asombro y la indignación de los que lo formaban.

—Usted no tiene derecho a entrar aquí—le dijo el presidente del tribunal, interrumpiendo el interrogatorio que estaba llevando a cabo.

—Tengo el derecho de defenderme de una falsa acusación—replicó Enrico con vehemencia.

—Si quiere defenderse tiene a su abogado que le representa.

—Pero no es él, sino yo, quien puede decir toda la verdad, toda la verdad.

—No debe proseguir la sesión—interrumpió el abogado acusador, temiendo que la presencia de Enrico pudiera aclarar de modo demasiado evidente los hechos y descubrir a los verdaderos culpables.

—La sesión seguirá y se escuchará mi declaración—afirmó Scaffa, que estaba resuelto a todo.

—¡Silencio!... —gritó el presidente—. ¿Sabe usted de qué se le acusa?

—Sé que se me calumnia—replicó Enrico.

—¿Cómo puede demostrar que la acusación que pesa sobre usted no es cierta?

—Explicando las cosas tal como sucedieron.

—Los peritos financieros han estudiado los libros y no han hallado en ellos el depósito de los cuatro millones de dólares el día en que usted debía depositarlos en las cajas del Banco.

—Pues yo afirmo que no me he quedado ni un centavo de esa cantidad, que todo ingresó en el Banco como había prometido, que los pobres que habían depositado en el Banco sus ahorros no debían temer la bancarrota, porque yo la había salvado.

—Señor Scaffa, hable con más prudencia o tendremos que imponerle una sanción por desacato al tribunal.

—Impónganme las sanciones que crean convenientes, pero déjenme hablar. No tienen derecho a acusar a un inocente, no pueden admitir como cierta una calumnia tan burda, no se puede tolerar que los verdaderos culpables quieran quedar impunes arrojando su falta a quien sólo hizo que cumplir con un deber sagrado de su conciencia.

—Señor Scaffa... sus palabras son insulto para los que le acusan. Debe usted retirarlas.

—No puedo retirarlas. Las sostengo y me ratifico en ellas. El señor Rodman Drake conoce bien la cantidad a que ascendía el desfalco en el Banco. ¿Quiere el señor Drake decir al tribunal a cuánto ascendía esa cantidad?

—Protesto de esa pregunta que considero insidiosa—replicó Drake al que la presencia de Scaffa había puesto sumamente nervioso.

—Entonces, si me lo permite, puedo hacer entrar a una persona que conoce perfectamente la conversación que el señor Drake y yo sostuvimos y que dió lugar a que el señor Drake se decidiera a ingresar de nuevo los cuatro millones de dólares en el Banco por mediación mía... ¿Puedo hacerla pasar? —preguntó Scaffa, mirando fijamente a Rodman Drake que comprendió que se refería a su esposa.

—No es necesario —replicó, mordiéndose los labios con ira—. Si es preciso lo diré yo.

—Será mejor, para evitar complicaciones.

—La cantidad ascendía a cuatro millones de dólares. El tribunal conoce bien la cantidad que el se-

ñor Scaffa percibió y *no ingresó* en el Banco.

—Cuatro millones... eso está bien claro — dijo Scaffa, remarcando mucho sus palabras—. Los peritos financieros ¿encontraron en los libros algún desfaldo?

—No — contestó secamente el presidente del tribunal—, pero tampoco encontraron los asientos en que constara que se había depositado aquella cantidad.

—Si no había desfaldo... ¿cómo podía haber nuevos asientos?—preguntó Scaffa que quería dejar bien claros los hechos—. Entonces han de confesar todos los presentes que mi única culpa fué falsificar los libros, poniendo los asientos de diversas cantidades allí donde faltaban, colocándolas allí donde habían sido sustraídas... Este es mi pecado. Lo confieso, y me siento orgulloso de haberlo cometido, porque con él evitaba un escándalo que se han empeñado ahora en dar los verdaderos culpables; porque con él quedaban otra vez las cosas en el lugar en que siempre debían haber estado; porque con él salvaba los ahorros de miles de pobres gentes que habían depositado su confianza en el Banco y por los que era mi

deber ineludible velar como si fueran mis hermanos. Y evité, además, que tras esta bancarrota, sucedieran otras y otras de mayor importancia que hubieran sido el escándalo de esta ciudad. Si me creen culpable, después de haber escuchado mis explicaciones, me entrego a la justicia; pero pido que antes se reflexione detenidamente en lo que acabo de decir.

El presidente del tribunal y los jurados deliberaron unos momentos y luego, después de haber impuesto silencio con un enérgico toque de campanilla, el presidente pronunció claramente estas palabras:

—La acusación carece de fondo y el tribunal acuerda suspender la investigación, dejando en libertad al señor Scaffa.

Enrico salió de la Sala disparado. Lo que más le importaba era participar a Beatrice el triunfo obtenido sobre sus acusadores, decirle que había logrado reivindicarse, que la amaba más que nunca, que ahora podrían ser dichosos para siempre, si es que ella seguía amándole como le había amado. Y corrió a su casa y entró sin miramiento en su habitación.

Recibió Beatrice con entusiasmo

la noticia, abrazó fuertemente a Enrico y le dijo, mimosa y dulcemente:

—Es lo que esperaba de ti, mi vida... ¡Vamos a celebrar nuestro triunfo!

Pero Enrico no quería precipitar los acontecimientos, tenía que vengarse de sus perseguidores antes de darse por entero a su felicidad, y susurró al oído de Beatrice:

—Nenita, antes tengo muchas cosas importantes que hacer... Ahora mismo te marchas para Reno para tramitar tu divorcio y yo me quedo aquí para arreglar cuentas con algunos *amigos*... Pero espera, no te vayas... He de comenzar por decirte cuál va a ser tu obligación única de hoy en adelante.

—¿E m p i e z a s imponiéndome obligaciones? —preguntó Beatrice, sonriendo.

—Sí, tu obligación va a ser

amarme mucho, mucho, mucho... Y para comenzar dame un beso.

Obedeció Beatrice tímidamente, dándole un beso en la mejilla, que no satisfizo por completo a Enrico.

—Dame otro—le dijo éste, ofreciéndole los labios.

Beatrice obedeció de nuevo, poniendo más alma, más espíritu en aquel nuevo beso que daba a su amado. Enrico la abrazó aún más fuertemente y le susurró de nuevo:

—Dame otro aún, vida mía.

Se unieron los labios en una caricia inacabable, gozando de la dicha única e incomparable de aquel momento de amor. Enrico se desprendió de los labios que le seducían y murmuró, completamente embriagado por el amor:

—¿Sabes, nena, que cada vez lo haces mejor?...

FIN

**Próximo número:** LA PRODUCCIÓN NACIONAL

**El bailarín y el trabajador**

por Roberto Rey, Ana M.<sup>a</sup> Custodio, Antoñita Colomé, etc.

---

---

Gran éxito del  
**Club Shirley Temple**

Para informaros, adquirid los  
**Cuadernitos Shirley Temple**  
núms. 1 y 2  
(Publicación del Club Shirley Temple)

—  
**Precio: 30 cts.**  
—

Insignia del Club, de metal, a cuatro colores, Carnet y Fotografía a colores, en cartulina superior,

**UNA peseta**

**EDICIONES BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA**

---

---

# SHIRLEY TEMPLE en sus aspectos más atractivos de su vida de artista.



Colección de postales  
de SHIRLEY TEMPLE  
(Serie corriente) 30 cts.

Gracia

Simpatía

Gentileza

Picardía

Ternura



El mejor re-  
cuerdo de  
esta diminu-  
ta «gran»  
estrella lo  
tendréis co-  
leccionando  
las publica-  
ciones que  
os ofrecen  
**EDICIONES  
BISTAGNE**



Colección de postales  
de SHIRLEY TEMPLE  
(Serie Rosa) 30 cts.



Insignia del  
Club SHIRLEY TEMPLE  
(Tiene 4 colores)